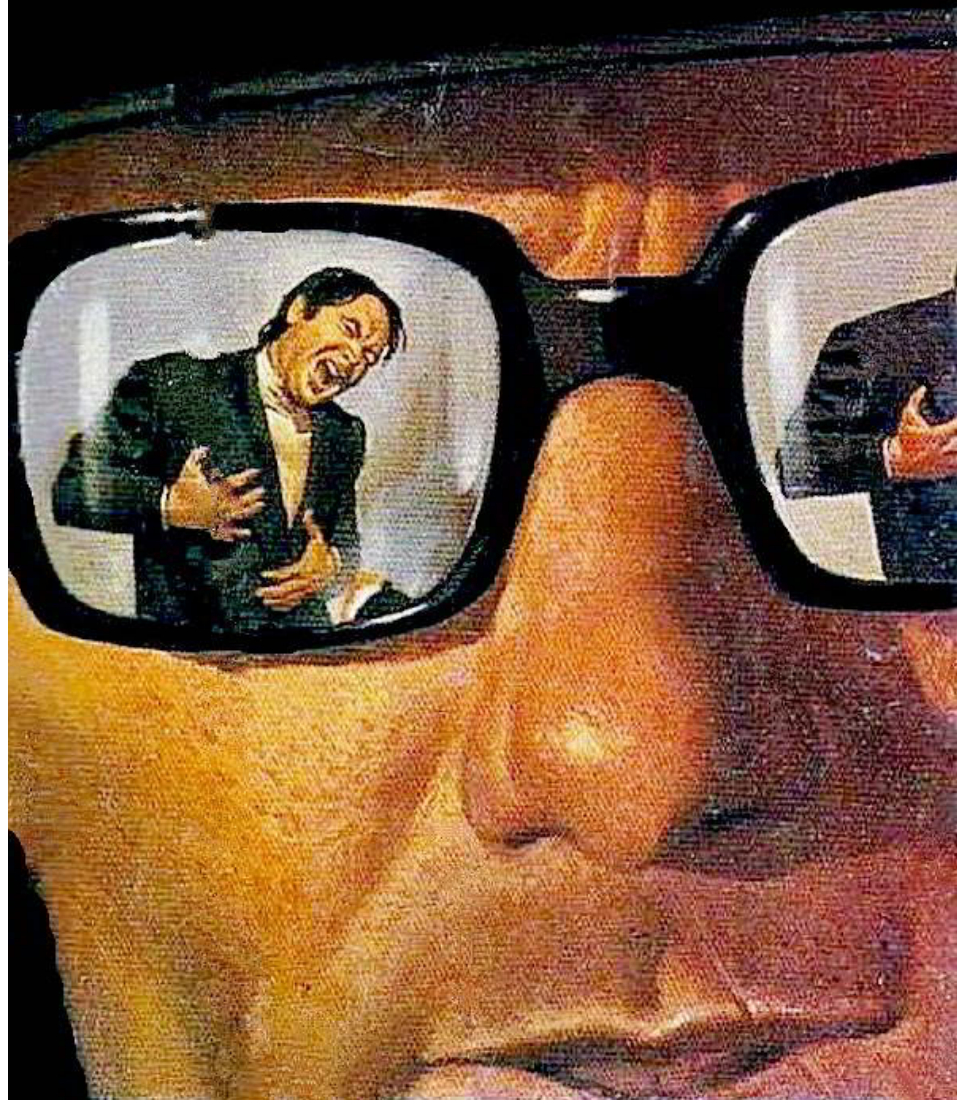


SERVICIO
SECRETO

SS

ASESINO A PRECIO FIJO Silver Kane



Nos encontramos con Kinley, «el mejor asesino del mundo», un asesino a sueldo implacable, letal y con un puntito de ética y corazón.

En el comienzo de la novela le vemos entrar milagrosamente en un edificio y asesinar a un millonario pervertido que se excita viendo como torturan ante su presencia a prostitutas. Es el adrenalítico preludio antes de que a Kinley le contraten para asesinar al presidente de Freeport (el sanguinario dictador Bojul). Como carta de presentación de cómo se las gasta Bojul, asistiremos al asesinato de cuatro observadores de la ONU que habían acudido a Freeport y que son arrojados desde un helicóptero a un criadero de cocodrilos gigantes. Por el camino, mientras tanto, Kinley se pone en contacto con un mafioso para que le consiga a una mujer negra a la que va a utilizar con el fin de que se haga pasar por la hija de Bojul (que paralelamente va a ser secuestrada en Copenhagen por un colega de Kinley). El cruel dictador, de esa forma, no tendrá otro remedio que pagar un rescate en primera persona y entrar el solito en la boca del lobo que le tiene preparado Kinley, aprovechando que se realiza una exposición de aviones a la que asisten todos los máximos mandatarios de Freeport. La idea es hacer explotar una bomba cuando Bojul deje el dinero bajo el asiento de un F16 pero, a última hora, algo falla...



Silver Kane

Asesino a precio fijo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1524

ePub r1.0

Lds 21.01.19

Título original: *Asesino a precio fijo*

Silver Kane, 1979

Cubierta: Norma

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



Los personajes y situaciones de esta novela son imaginarios, pero muchos individuos como los descritos y muchas situaciones como las presentadas, se dan realmente en distintos lugares de la actual Africa. (*Nota del Autor*).

CAPÍTULO PRIMERO

El cuchillo brilló apenas unas décimas de segundo, lo justo para que el hombre lo viese y se estremeciera de horror, aunque no tuvo tiempo de hacer ningún gesto de defensa.

La hoja de acero le rasgó el cuello como si fuera el borde de la guillotina. Una voz suave dijo apenas en un susurro:

—Feliz viaje a la eternidad, muchacho.

Unas gotas de sangre saltaron al aire.

Nada más.

No se produjo ningún ruido.

El que acababa de manejar el cuchillo con tanta rapidez, sostuvo a su víctima para que no hiciese ruido al caer y la depositó con suavidad sobre la moqueta color oro. Luego avanzó por el pasillo, a cuyo final estaba la salida de emergencia.

Atrás quedaba el muerto, convertido en un ovillo. El hombre que había acabado con él se deslizó como una sombra, con pasos elásticos, hasta llegar a abrir la última puerta. Era un tipo alto, cuyo traje bien cortado no disimulaba su musculatura propia de un campeón de lucha libre, un hombre de unos veintiséis años, de tez morena, en cuyos ojos muy claros no había la menor expresión. Después de matar a un hombre, daba la sensación de que acababa de encender simplemente un cigarrillo.

La escalera de emergencia daba al exterior, como en muchos de los edificios antiguos de Nueva York. Sin embargo, aquel edificio no era antiguo, sino que acababa de ser construido, pero el arquitecto había querido conservar en él algunas de las cosas que en otro tiempo prestaron su fisonomía a la ciudad. Las escaleras de emergencia daban a un callejón, más allá del cual estaba la parte alta de Broadway con sus miles y miles de luces de los automóviles

deslizándose hacia abajo en la noche del sábado. Un aire frío y cortante llegaba a aquella altura del piso quince, pero el matador ni siquiera pestañeó, mientras se descolgaba de la barandilla y saltaba hacia la cornisa del mismo ángulo del edificio, con la agilidad de un simio.

Había sido un salto capaz de hacer abrir la boca de admiración a un artista de circo, pero el hombre no tuvo ni espectadores ni nadie que te aplaudiera. En la soledad de la noche quedó unos instantes colgado del vacío, balanceándose como un péndulo, mientras sentía en sus dedos de acero el dolor que le producían los salientes de la cornisa. Poco a poco su cuerpo se fue nivelando hasta quedar quieto, al tiempo que los claxons, después de un embotellamiento, sonaban abajo ruidosamente.

Al cabo de unos instantes el hombre deslizó el pie izquierdo, tanteando el vacío, hasta alcanzar el alféizar de la ventana que estaba muy cerca del mismo ángulo. Ahora se estaba deslizando por la fachada del hotel, en la parte que daba a la Tercera Avenida, de modo que era visible desde la calle, pero nadie en la ajetreada noche levantó la vista hasta el piso quince. El hombre balanceó el cuerpo, en un ejercicio que muy pocos hubieran podido resistir, hasta que su pie izquierdo se aposentó bien en el alféizar. Una vez allí fue deslizando los dedos por la cornisa superior, pulgada a pulgada, sabiendo que estaba en un equilibrio casi imposible y que cualquier fallo o precipitación significaría su muerte.

Pero logró al fin situar los dos pies en el alféizar de la ventana y entonces pudo desprenderse de la cornisa para apoyar ambas manos en el cristal. Así permaneció recuperando fuerzas apenas un par de segundos, porque sabía que no iba a disponer de más tiempo antes de que le viesan desde dentro.

El ruido de los latigazos le hizo fruncir los labios.

Era un ruido que llegaba perfectamente nítido a través del cristal, y casi con la misma nitidez pudo él presenciar la escena cuando pegó la cabeza al cristal apenas velado por la cortinilla. La habitación del hotel era muy lujosa y moderna, pero quizá por contraste tenía una cama antigua, de barrotes muy altos, a los cuales estaba atada, con los brazos abiertos, una mujer desnuda. Esa mujer daba la espalda al hombre y se retorció de dolor mientras los latigazos iban cayendo sobre su fina piel, desgarrándola trozo a

trozo. La sangre resbalaba ya e iba a morir gota a gota en la línea confusa de sus nalgas.

El tipo que la estaba martirizando era muy fornido, y cada uno de sus latigazos era digno de un verdugo de la Edad Media. Completamente desnudo y dando muestras de una enorme excitación sexual, cada nuevo latigazo le arrancaba de la boca un grito de placer. Pero él no era el único.

Un hombre ya viejo, sentado en una silla de ruedas, contemplaba el espectáculo con expresión de embeleso. Con demasiados años encima para poder golpear a una mujer o para poder disfrutar sexualmente de ella, se consolaba con el salvaje castigo, haciendo que otro practicara delante suyo lo que él no podía hacer. La situación, aparte de violenta, era repulsiva, porque al viejo le resbalaba por los labios, a causa del placer, un hilillo de baba.

Su voz sonó también nítidamente a través del cristal.

—Ya es bastante, John. Ya está madura. Ahora..., ¡hazla tuya! ¡Túmbala en la cama! ¡Acaba con ella!

Sin duda el tipo quería presenciar un cuadro pornográfico de altura, y el gigantesco John se dispuso a obedecerle, soltando el látigo y alzando una mano para empezar a soltar a la chica. Una sonrisa de suficiencia y crueldad flotaba en sus labios mientras hacía aquello.

Pero de pronto la sonrisa se convirtió en una mueca.

La cabeza salió despedida hacia atrás.

Un orificio redondo se le marcó en la frente.

El silenciador de la «Browning FN» había hecho que no se oyera ningún disparo, de modo que sólo fue perceptible el estallido de los cristales al saltar en todas direcciones. El viejo volvió la cabeza hacia allí, mientras de su garganta escapaba un grito de horror.

Conocía muy bien al hombre que acababa de entrar allí, destrozando con su cuerpo lo que quedaba de la ventana.

Mientras las manos se agarrotaban inútilmente sobre la silla de ruedas, balbució:

—Kinley...

Kinley no perdió tiempo con él. Dando pruebas de una fuerza hercúlea, una fuerza de auténtico gorila, levantó la silla de ruedas con el viejo encima y la impulsó hacia la ventana. El artillero con

su ocupante salió despedido al vacío desde el piso quince del hotel.

Se oyó un alarido de muerte.

Y aquel alarido se multiplicó por cien, repercutió en la calle, en los coches que se habían detenido bruscamente, en la gente parada ante los escaparates, en los policías de tráfico, en las primeras prostitutas de la noche...

Fue un espectáculo dantesco.

Pero Kinley no se enteró de nada. Pasó por encima del muerto que yacía sobre la moqueta de la habitación y liberó a la chica que aún seguía con los brazos en cruz y atada a los postes de la cama. Ella lanzó un gemido, mientras le miraba con los ojos desencajados, pensando que también iba a matarla.

En efecto, los asesinos de aquella clase no solían dejar testigos a su espalda. Pero Kinley se limitó a preguntar mientras la desataba:

—¿Cuánto te pagaba el viejo por el espectáculo?

—Mil... mil dólares.

—No es mucho, teniendo en cuenta que te dejaban la espalda marcada y en quince días al menos no podías «trabajar». Eres una puta barata.

Ella había caído sobre la cama. Estaba desfallecida. Con los ojos vidriosos suplicó:

—Cada uno se gana la vida como puede... Yo no he hecho daño a nadie, yo no diré una palabra de lo que he visto... Por favor, no... no dispares.

Kinley Se tendió la ropa.

—Hala, vístete —dijo—. Y mañana ponte guapa para asistir al entierro de lo que quede del viejo. Será toda una fiesta.

Dicho esto, giró hacia la puerta.

Sabía lo que iba a pasar.

Los ruidos producidos por la doble muerte habían llegado más allá de la puerta. Ésta se abrió de pronto. Un hombre apareció en ella, empuñando un «Magnum».

Lanzó un grito de rabia al ver a Kinley allí.

Pero ya no tuvo tiempo de nada más.

El grito se le estranguló en la garganta.

La bala le había penetrado justamente por entre las cejas.

Luego Kinley musitó, mirando al muerto:

—Lástima. Tenía cara de buen chico.

Y salió para dirigirse al ascensor. Sabía que no había más guardia allí. Que podría llegar a la planta baja sin problemas.

En efecto, la ascensorista no se había enterado de nada. Era una chica opulenta, rubia, maciza, que sin duda quería ganarse un sobresueldo en horas de trabajo. Mientras miraba fijamente a Kinley y se subía la falda preguntó:

—Puedo parar el ascensor entre dos pisos si me da la gana y hacer que no funcione durante unos minutos. ¿Qué? ¿Jugamos aquí mismo?

Kinley le mostró los dientes en una sonrisa cuadrada.

—No, nena —dijo—. Lo siento, pero tengo prisa.

—¿Prisa? ¿En sábado por la noche? ¿Y por qué? —Es que se trata de algo muy importante, muñeca. He de pagar las esquelas de unos cuantos muertos...

* * *

El helicóptero sobrevolaba a poca altura la selva verde, lujuriante, rozando casi, las copas de los árboles entre los cuales había una zona pantanosa y fétida. De pronto dejó atrás la selva y perdió altura para que los ocupantes pudieran ver mejor el terreno fangoso, poblado de matorrales, entre los cuales se deslizaban unas cuantas cosas alargadas parecidas a enormes troncos. Los pasajeros del helicóptero no se dieron cuenta de lo que aquellos «troncos» significaban hasta que uno de ellos abrió su enorme boca.

—Dios santo... —balbució la mujer—. Son cocodrilos...

—Y grandes, señora —dijo el piloto, volviéndose apenas—. El presidente Bojul los cría en esta zona. Cuando se reproduzcan, espera poder vender al exterior las mejores pieles de toda Africa.

El helicóptero aún perdió más altura y rozó casi las enormes fauces de las bestias para que los viajeros pudieran verlos mejor. Todos sintieron un estremecimiento al distinguir tan a la perfección aquellas enormes fauces, en cuyo fondo brillaba la repulsiva avidez de las gargantas. Irritados por el zumbido del helicóptero, los saurios se alzaron además, como si intentaran despedazarlos con sus dientes.

—¿Qué? ¿Les gustan?

Ahora los que habían hecho la pregunta casi a la vez eran los

dos militares que iban con el piloto. Usando ropas de campaña de color claro, como si de verdad fuesen a una guerra, sus rostros profundamente negros tenían un brillo charolado bajo las boinas verdes. Mostraron unos dientes sanos, envidiables, mientras lanzaban una carcajada.

Los cuatro pasajeros que habían sido invitados a dar aquella vuelta hicieron un gesto confuso. No, no les acababa de gustar. Estaba claro que ver tan de cerca las fauces de los cocodrilos les inquietaba profundamente. Uno de ellos preguntó con timidez:

—¿Y si tenemos un accidente y caemos aquí? ¿No es peligroso descender tanto?

—¡Bah, no hay problema! —exclamó el piloto—. Conozco muy bien el terreno. Cada día traigo aquí al presidente Bojul, quien los alimenta en persona.

Los cuatro pasajeros, tres de ellos hombres ya mayores y el cuarto una chica joven y bonita, se volvieron a un tiempo, mientras la sorpresa aleteaba en sus ojos.

—¿Cómo es posible? —preguntó ella—. ¿El presidente Bojul alimenta personalmente a sus cocodrilos?

—Ya le he dicho que los cría —explicó uno de los militares—. Pueden llegar a ser un buen negocio, pero además tienen para él un cierto sentido religioso.

El piloto se volvió sonriendo, mientras ganaba altura otra vez.

—¿Explicarán esto en la ONU, señores? —preguntó.

—¿Y por qué hemos de explicarlo? —dijo el más viejo.

—Ustedes son una comisión de las Naciones Unidas para demostrar que aquí hay orden y paz y que las acusaciones internacionales contra el presidente Bojul son una pura patraña. Les hemos llevado por todo el país, han podido hablar con todo el mundo y les hemos mostrado lo bueno y lo malo. Si quieren explicar en la ONU que el presidente Bojul tiene un criadero de cocodrilos, no hay inconveniente.

El piloto había hablado con una sonrisa, mientras dejaba de prestar atención a los mandos del aparato. La chica, más aliviada al notar que dejaban la zona de los cocodrilos, contestó:

—Hay cosas más importantes que contar.

—Y tanto... Pero a veces, a la gente de la ONU, le gusta oír historias sobre las costumbres de los jefes africanos. Miren, vamos a

dar otra vuelta para que los contemplen bien. ¿Notan que están furiosos?

—Sí, pero ¿por qué? —preguntó la bonita mujer.

—Hace tres días que no comen.

—¿No encuentran comida en esta zona? —preguntó con extrañeza uno de los delegados de la ONU.

—Muy poca. Aquí hay ya demasiados cocodrilos, y los otros animales no se arriesgan. Si el presidente Bojul no les alimentase, seguramente morirían. Se han acostumbrado a que el ruido del helicóptero signifique comida, y por eso la piden.

Uno de los militares con uniforme de comando dijo, poniéndose en pie:

—Lástima que el presidente Bojul no pueda ocuparse hoy personalmente de darles alimento. Pero es igual. Nos ocuparemos nosotros.

E hizo un solo movimiento. Uno solo. Fue un auténtico golpe de karateka. El más gordo de los delegados, que se había acercado mucho a la portezuela para fotografiar a los reptiles, salió despedido hacia abajo mientras lanzaba un grito de horror. Pero fue un grito breve, angustioso, porque tres o cuatro segundos fue todo lo que tardó en caer entre las fauces de los cocodrilos. Y entonces se produjo un espectáculo que era absolutamente digno del infierno.

Los dientes lo despedazaron cuando aún estaba en el aire.

Una de las piernas saltó, brutalmente partida en dos. La cabeza que aún parecía gritar salió despedida hacia el fondo del pantano.

Los otros tres emisarios de la ONU, incluida la mujer, estaban tan aterrados que no acertaron ni a moverse. Como fanatizados, como si estuvieran viendo una pesadilla que nada tenía que ver con ellos, distinguieron a los dos comandos avanzar hacia su lado del aparato.

La chica apenas pudo balbucir:

—No pueden hacer eso... Somos delegados de las Naciones Unidas... Es... es IMPOSIBLE.

Pero sus palabras fueron ahogadas por el grito del segundo hombre que también era lanzado al abismo. En aquel reducido espacio, sin escapatoria posible, unos hombres y una mujer acostumbrados a los trabajos de oficina no podían defenderse. Las presas de judo los inmovilizaban como sacos antes de que aquellas manos de hierro los enviaran al abismo. La chica se pegó a la cola

del aparato mientras chillaba enloquecida, mientras se metía las manos en la garganta como para destrozar su propio horror, al tiempo que sentía los dedos en su cuerpo.

La falda fue desgarrada.

Las preciosas piernas fueron alumbradas por la luz ya un poco espectral de la tarde.

—Ahora tú, muñeca —dijo uno de los comandos—. A los cocodrilos también les gusta la carne de zorra.

Y la enviaron al abismo.

El hermoso cuerpo dio dos trágicas vueltas en el aire.

Se notó un último espasmo, se oyó un último grito.

Ahora los cocodrilos hambrientos habían surgido de todas partes. Llenaban el fango. Sus bocas abiertas eran como un bosque de dientes.

La chica cayó con las piernas abiertas. Fue alcanzada precisamente en su sexo. El cuerpo sangrante, entre un espantoso chasquido, se partió por la mitad.

Y entonces el helicóptero ganó altura, con un runruneo suave y lleno de elegancia.

El piloto dijo:

—Buen provecho para los de abajo. La chica debía estar muy tierna.

Y fue a salir de la zona pantanosa, para sobrevolar a poca altura el río que alimentaba de agua el sector. Entre la espesura, el río era como una cinta de plata rumorosa y limpia. Aún perdió más altura mientras indicaba:

—Mirad, ahí está la canoa. Nos hacen señas de felicitación. Saben que ha sido un buen trabajo.

Y casi detuvo el helicóptero en el aire, a unos veinte metros por encima de la canoa blanca que llevaba la bandera personal del presidente Bojul.

Los dos comandos se asomaron un poco por la puerta. Sonreían felices. Terminaba una magnífica tarde y los últimos rayos del sol hacían brillar sus caras acharoladas. Sabían que después de aquello habría un ascenso. Lo estaban pasando bomba.

De pronto uno de ellos farfulló:

—Eh... ¿Pero qué hace el lanzacohetes?

—¡Se mueve!

—¡Ojo! ¡El tirador está ahí!

—¡Cuidado, Turk! ¡Arranca!

El piloto fue a hacerlo. Intentó ganar altura. Pero en sus ojos aún palpitaba una terrible expresión de incredulidad.

No, no podía ser... ¡A ellos *no*! ¡ERA IMPOSIBLE!

El lanzacohetes produjo un siniestro SFLAAAM.

Pero ellos no llegaron ni a oírlo.

De pronto el helicóptero estalló en el aire. Se convirtió en una bola de fuego. Sus cien pedazos salieron despedidos a cien lugares distintos de la selva.

El hombre que pilotaba la canoa la hizo girar poco a poco en el lecho fangoso del río, mientras los ecos de la explosión cesaban.

Pero el silencio no se hizo aún. La selva palpitaba. Miles y miles de pájaros tropicales atronaban el aire.

—Lo siento por el helicóptero —dijo el que acababa de disparar el cohete—. Valía una montaña de dólares...

CAPÍTULO II

Los pájaros cantaban en todas partes estruendosamente, haciendo que toda la selva se animara como un organismo vivo y palpitante. Entre los árboles, en los espacios vacíos, bajo la luz cruda y blanca, palpitaban toda la magia y el exotismo de Africa.

Pero más allá, en la llanura donde terminaba la carretera, estaba la más refinada civilización. Los jardines del hotel President, cuidados hasta el más mínimo detalle, relucían de puro limpios. La enorme piscina con dos puentes para cruzar sobre ella, tenía un suave color esmeralda. Las ventanas del hotel empezaban a estar iluminadas y de ellas se desprendía una suave música. En aquel rincón de la desconocida Yamasukro se juntaban todos los placeres de París y toda la magia de la selva.

El lujoso Mercedes, alquilado en Abidjan, la capital de Costa de Marfil, tomó la última curva de la carretera y se detuvo ante la puerta del fastuoso hotel. Dos sirvientes bajaron las escaleras enseguida para hacerse cargo de las maletas.

El hombre que descendió iba vestido con un impecable traje blanco, confeccionado con alpaca inglesa. Llevaba una corbata italiana de seda natural y unos zapatos de lujo. Hubiera podido pasar por un alto ejecutivo de una no menos alta empresa internacional de no ser por una serie de cosas que no concordaban con aquello y que llamaban la atención poderosamente.

Por ejemplo, la musculatura. Un ejecutivo, por mucho deporte que haga, no tiene la presencia superentrenada de un campeón de lucha libre. Algo en el hombre que acababa de llegar indicaba que no era precisamente un profesional de los despachos, sino un profesional de la violencia.

La otra cosa que llamaba la atención eran sus ojos.

Aquellos ojos helados, quietos, profundamente inhumanos, unos ojos que podrían haber pertenecido a una máquina, si las máquinas fueran capaces de mirar.

Y una última cosa era el suave bulto que se marcaba bajo la americana bien cortada, en el lado izquierdo. Pese a que una persona normal no lo hubiera matado, los expertos se hubiesen dado cuenta de que llevaba una funda sobaquera con un arma, seguramente un petardo del nueve corto. Eso indicaba que había llegado en barco o que tenía un enlace en Abidjan para conseguir una pistola, pues en el avión no había podido traerla a causa de los registros en los aeropuertos. En todo caso había algo en aquel hombre que hacía pensar una mezcla de estas dos cosas; «Es un aventurero». O bien: «Es un verdugo».

Retiró las llaves de la habitación que había encargado por télex y desde las ventanas de ésta contempló la piscina, que estaba muy animada a aquella hora. Los pájaros tropicales llegaban desde las cercanas plantaciones de piña y desde los cafetales que se perdían en el horizonte. A un lado de la terraza acababa de ser montado un *buffet* donde se exhibían las más apetitosas frutas. Por los pasillos del hotel empezaban a merodear ya unas cuantas bonitas prostitutas negras.

El hombre sabía que no había que llamarlas. Se metían en la habitación a poco que se descuidara uno. Por eso, cuando ya estaba en la ducha, no se sorprendió al ver un cuerpo suave y alto que se deslizaba hacia él. La negra se sacó del borde del vestido los pechos opulentos mientras preguntaba:

—¿Te gustan?

El hombre contestó sencillamente:

—Las negras tenéis más bonito el trasero que los pechos.

—Bueno, por eso no hay problema —dijo la chica.

Y se levantó la falda por detrás para mostrarle el trasero. En efecto, era de campeonato. Dueñas de una potencia muscular que las blancas ya han perdido, las negras tienen las nalgas mucho más alzadas y poderosas, bien distintas de esos culos caídos que se ven por Occidente. El hombre lo apreció con una sonrisa y dijo:

—Dúchate conmigo.

Hicieron el amor mientras los dos se duchaban, mientras el agua caía poderosa sobre sus cuerpos. La negrita, que quizá no había

estado nunca en los brazos de un hombre tan fuerte, acabó gimiendo de placer. Su cabeza iba de un lado para otro mientras apretaba más y más, con los ojos en blanco, sintiendo a cada nuevo movimiento que era atravesada. Al final quedó desmadejada entre los brazos del hombre, sin aliento, mientras aun iba estremeciéndose poco a poco.

—Ha sido maravilloso —balbució al fin.

Y luego añadió:

—No te quiero cobrar nada.

—Pero tú estás aquí para ganarte la vida... —dijo el hombre.

—No importa.

De todos modos él le dio doscientos francos franceses, lo que significaba una bonita cantidad para la chica cuando los cambiase por francos del Africa occidental. Mientras se acababa de vestir, ella musitó:

—¿Cansado?

—No, nada... No he hecho más que empezar.

—¿Por qué has venido a Yamasukro?

—Pongamos que para unas vacaciones —explicó él.

—Pues da la sensación de que has venido por otra causa.

—¿Qué causa?

—Has venido a este rincón perdido del mundo sencillamente para huir.

El hombre sonrió. Quizá la negrita no sabía hasta qué punto había dicho la verdad. Mientras se ponía un albornoz sobre el musculoso cuerpo, musitó:

—Tal vez.

—¿Cuál es tu nombre?

—Kinley.

—Muy bien, Kinley. ¿Te envió una amiga?

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque no estás cansado. En segundo lugar, porque quiero que mi mejor amiga disfrute lo que he disfrutado yo. Aunque, si lo prefieres, entramos las dos.

Sabemos hacer unas combinaciones estupendas.

Las facciones de Kinley apenas se inmutaron cuando bisbiseó:

—No. Que entre sólo tu amiga.

La amiga apenas tardó cuatro minutos en aparecer en la lujosa

habitación. Pero, como se dice en las películas, cualquier semejanza entre ésta y la anterior habría sido pura coincidencia.

Las dos eran formidables.

Jóvenes.

Macizas.

Pero esta segunda era blanca. Vestía como una perfecta y distinguida secretaria de Nueva York. No le faltaba ni el detalle de las gafas.

Kinley era de los que piensan que unas gafas dan distinción y atractivo a una mujer. Susurró:

—Bienvenida, nena.

La chica preguntó con voz suave:

—¿Qué has dicho antes del culo de una negra?

—Te lo ha contado tu amiga, ¿no? He dicho que los culos de las negras suelen ser preciosos.

—¿Y puede saberse qué opinas del culo de una blanca?

Hizo un atrevido gesto y se lo mostró. Las braguitas estallaban bajo el peso de las poderosas nalgas. También las finas medias parecían incapaces de sostener la tensión de los muslos opulentos.

Kinley dijo:

—Sobresaliente.

—¿Mejor que el de la negra?

—Ujú.

—Pues puedes empezar por ahí, si te parece bien.

Era una invitación difícil de resistir. Kinley se fue despojando del albornoz mientras susurraba:

—Probaremos...

Y la prueba fue bastante bien.

Unos segundos más tarde, también la blanca gemía de placer.

Su cuerpo se contorsionaba.

Era una auténtica hembra, y por eso sentía más que las otras.

Por fin se rindió, agotada, mientras una respiración entrecortada surgía a chorros de su garganta.

Le temblaron las piernas.

Dijo con una voz que no parecía la suya:

—Quinientos mil dólares.

Kinley apenas arqueó una ceja.

—Supongo que eso no será lo que tengo que pagarte a ti, nena

—dijo con voz inexpressiva:

—Es lo que yo te ofrezco a ti.

—En ese caso serán seiscientos mil, Hada.

—¿Cómo... cómo sabes mi nombre?

La chica recogió del suelo las gafas, que se le habían caído con la excitación de los minutos anteriores. Sin ellas se veía claramente que sus ojos eran duros, crueles y dañinos. Su boca se había plegado en una mueca que ya no era sensual, sino la de una verdadera e implacable mujer de negocios.

—Casi siempre empleas a una prostituta para «explorar» al hombre con el que piensas hablar —dijo él—. Esta vez has utilizado la misma táctica.

—¿Pero es que desde el primer momento has imaginado que...?

—En cierto modo, sí. La chica que me has enviado no era realmente una prostituta. Sólo lo era a medias.

—¿En qué lo has notado?

—No pensaba en el dinero; sólo pensaba en el placer.

Y ofreció a Hada un paquete de Craven. Ella tomó uno mientras le miraba pensativamente. Luego musitó:

—Pues si sabías que yo entraba aquí a hablar de negocios, ¿por qué me has dejado con tanto dolor entre las piernas?

—Porque tú lo estabas deseando. Antes de hablar de negocios has querido «conocerme» mejor.

Hada rió, pero su risa era perfectamente profesional y dura. Se trataba de una risa a la vez voluptuosa y seca, de mujer que ya lo ha probado todo, que sabe lo que quiere y está dispuesta a conseguir a cualquier precio.

—Ya sabes que yo soy una intermediaria —dijo, mientras encendía un cigarrillo.

—¿Y qué buscas?

—Busco al mejor asesino del mundo.

Kinley sabía que, en este caso, el mejor asesino del mundo era él. Pero no hubo ni el menor parpadeo en su cara que era una auténtica máscara de piedra.

—¿Quién paga? —preguntó—. ¿Quién te ha contratado para que hicieras ese trabajo de búsqueda?

—Pongamos que una empresa multinacional.

—¿Qué multinacional?

—Una que quiere explotar las riquezas naturales que hay en Freeport —contestó Hada secamente—. Se trata de miles de millones de posible beneficio. Por eso están dispuestos a pagar bien.

—Odio las multinacionales —contestó Kinley mientras se abrochaba la camisa—. Detesto las garras de las grandes organizaciones mundiales del dinero. Pero si en este caso necesitan a un asesino será para matar a alguien, supongo. Y empiezo a imaginar quién es.

Hada pronunció las palabras casi sin despegar los labios.

—El presidente Bojul —musitó.

—Lo suponía.

—Es un hijo de puta.

—Si uno pudiera tener dos madres, sería hijo de dos putas —reafirmó plácidamente él, mientras exhala una columnita de humo.

Vio que la hermosa mujer iba hacia la ventana y señalaba el amplio jardín, la preciosa piscina, las terrazas por las que se esparcía la música. Aún no se había vestido del todo, y sus preciosas líneas estaban al aire de cintura para abajo, sin más aditamento que las medias. Andando de ese modo, con una cierta elegante negligencia, parecía otra vez una secretaria que no se hubiera acordado de vestirse bien. Mientras señalaba a través de los cristales los bosques que rodeaban el lujoso hotel, murmuró:

—Esto es Costa de Marfil, uno de los países más prósperos y más libres de Africa.

Independiente desde 1960, el presidente Houphouet-Boigny ha sabido combinar la africanidad con la ayuda de Europa, en especial la ayuda francesa, de modo que pronto este país tendrá, en muchos aspectos, importancia mundial. Tú conoces bien Abidjan, donde el distrito de Cocody es uno de los más elegantes del mundo. Conoces el sector de Le Plateau, donde hay oficinas más lujosas que las de Nueva York y Los Angeles. Quizá hayas estado en el Ivoire, uno de los mejores hoteles del mundo. Uno que llegue aquí puede pensar que ésta es la moderna Africa.

Kinley no contestó. Estaba siguiendo muy bien el pensamiento de la ambiciosa mujer, de la que sabía que era una de las profesionales más expertas del mundo. Ella continuó:

—Ahora nos encontramos en Yamasukro, en el interior del país, al final de una carretera asfaltada de casi trescientos kilómetros que

parte de Abidjan y que en medio de las espesuras de Africa es casi un milagro. ¿Pero por qué Yamasukro? ¿Por qué este hotel?. ¿Por qué este lujo? Porque Yamasukro es la ciudad natal del presidente Houphouet-Boigny, y ha querido hacer de ella una especie de Brasilia, una futura capital para el interior de Costa de Marfil. También podrías pensar, viendo tanto lujo, que la moderna Africa es esto.

Kinley negó con la cabeza.

—No lo pienso —dijo.

—Claro que no. Sé perfectamente lo que hay en tu cabeza —continuó Hada mientras se ponía una falda—. Seguramente tú has visto El Cairo, donde los rebaños comen en las calles llenas de basuras. Has visto Sierra Leona, donde los buitres «aparcen» en las calles. Quién sabe si has pasado por Guinea Conakry, lleno de barracas del Tercer Mundo. Pero, al fin y al cabo, esos países que he mencionado son libres y tienen unos gobernantes que están tratando de mejorarlos. Sadat, Egipto, ha logrado la paz para su pueblo, después de eternas guerras con Israel. Sierra Leona está cambiando año tras año. Sekou Turé, en la comunista Guinea Conakry, lucha con entereza y dignidad contra el boicot exterior, sacando a su nación de la absoluta miseria en que los franceses la dejaron. Pero en Africa hay monstruos, varios monstruos, ¿quieres que te los cite?

—Supongo que no hace falta —dijo Kinley con voz opaca—. Los tengo metidos en la cabeza.

—Ya lo imagino, Kinley, e imagino también que coinciden nuestros pensamientos. Por un lado está el intransigente Gadaffi, que quiere hacer volver a Libia al Islam de la Edad Media. Está su amigo Idi Amin, derrocado hace poco, pero que ha bañado Uganda en sangre y en muerte. Está Bokassa I, el emperadorzuelo de la antigua República Centrafricana, que mata a su pueblo de hambre y liquida a bastonazos hasta a los colegiales que se oponen a él. Y está el pequeño territorio de Freeport, con el presidente Bojul, que se ha transformado en dictador perpetuo. ¿Necesito decirte que ése es quizá el peor de todos?

Kinley hizo una mueca y luego un gesto de asentimiento. Dejó en el cenicero los restos del cigarrillo mientras preguntaba:

—¿Qué pasó con la misión de la ONU que fue enviada para

investigar las torturas y los asesinatos en el país? Bojul dio a conocer una nota oficial diciendo que había sido un accidente. Que el helicóptero había estallado en el aire y que no quedaban ni los restos. Acusó a algunos de sus enemigos políticos, que según él habían provocado la catástrofe para desprestigiarle, y los hizo guillotinar. Las cancillerías extranjeras y la ONU han tenido que creerlo, pero ¿qué hay de verdad en eso? ¿Dónde está la cochina realidad?

—La cochina realidad es muy otra —dijo ella con voz tensa—. Las cancillerías extranjeras son una mierda, la ONU es una mierda. No investigan nada. En cambio la multinacional que me ha contratado a mí para que te buscara repartió dinero largo y dio con un testigo que conocía la verdad. Los comisionados de la ONU fueron lanzados vivos a los cocodrilos del criadero de Bojul, para que nunca explicasen de lo que, a pesar de todo, habían visto. Luego los asesinos fueron exterminados para que a su vez no pudiesen hablar. Bojul sabe que en la ONU cundirá el temor y que no le visitará ninguna misión oficial más, a pesar de lo cual —y como nadie tiene pruebas de su crimen— se le seguirá profesando respeto. Pero eso a mí no me importa. Bojul puede cometer cuantos asesinatos quiera. Los negociantes de los que dependo, le prestarían dinero si les conviniese. Pero como no les conviene, quieren matarlo. Saben que, una vez muerto Bojul, podrán crear en el país grandes empresas y ganar dinero a manta. Y me han preguntado:

«¿Conoces al mejor asesino del mundo? ¡Pues búscalos!». Kinley la miró pensativamente.

Lamentaba haber tenido que dejar de admirar sus piernas.

Con una voz cargada de indiferencia, preguntó:

—¿Y por qué no?

—Algunos se han enterado del último trabajo de Nueva York —dijo ella.

—El del hotel Rosenfeld, ¿no?

—Celebro que seas sincero y que no trates de ocultarlo. En efecto, el trabajito del hotel Rosenfeld. Un jerifalte de la mafia que sale despedido por la ventana de un piso quince, con su silla y todo. Tres de sus guardaespaldas más elegidos con balas entre las cejas. Y tú atravesando uno de los rincones más vigilados del país sin despeinarte siquiera. Lo sé bien, Kinley: sólo tú puedes hacer un

trabajo de tanta altura como el de liquidar a Bojul. Sólo tú puedes cometer un verdadero asesinato de Estado. Los que rae pagan me han autorizado a dejar quinientos mil dólares sobre la mesa. Tú pides seiscientos mil. Hecho.

Kinley negó con un suave movimiento de cabeza.

—Tendrá que ser un millón —susurró.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco?

—Un millón —indicó él—. Tú no sabes bien lo que ha subido la vida desde que nos hemos puesto a hablar. Y si seguimos hablando media hora más, será un millón cien mil.

—Bueno... Eso se sale de mis cálculos —murmuró ella, desconcertada—. Tendrás que dejarme pensarlo.

—También he de pensarlo yo —dijo Kinley—. No tengo prisa. De momento estoy muy tranquilo en Yamasukro, el único sitio del mundo donde los amigos de los mafiosos a los que liquidé no me perseguirán. Pero he de pensarlo, repito.

—Eso aplaza las cosas —musitó Hada, que seguía algo desconcertada aún—. He de pedir instrucciones... Perderemos tiempo...

—No, no lo perderemos —indicó él con una sonrisa—. Hay muchos modos de aprovecharlo, ¿sabes? Por ejemplo, ya que antes me has enseñado con tanta perfección las cosas de atrás, ¿por qué no me enseñas con el mismo detalle las cosas de delante, nena...?

CAPÍTULO III

El jeque árabe atravesó el vestíbulo del lujoso hotel Intercontinental de Ginebra, seguido por sus dos guardaespaldas que llevaban metralletas, y se metió en el ascensor con un amplio movimiento de sus manteos blancos. Sabía muy bien que incluso en un país tan severo como Suiza los jeques árabes son los únicos a los que se tolera llevar guardaespaldas armados de un modo visible. Invierten tanto dinero en los bancos, gastan tanto en hoteles, joyas y mujeres que se considera razonable que sus preciosas vidas estén protegidas constantemente. Sería una lástima que Alá se los llevase demasiado pronto. Por eso apenas recogió en el hotel unas cuantas miradas de curiosidad, pero nadie le pidió explicaciones por aquella exhibición de armas.

El jeque entró en una de las cinco habitaciones que había alquilado en uno de los hoteles más caros de Europa y vio allí a las chicas que le estaban esperando. Sus «proveedores» se las habían buscado en el norte de Italia, donde son rubias, poéticas y dulces; en Nuremberg, donde son rubias y opulentas; en Esocia, donde son rubias y de blanquísima piel. El beatífico jeque Omar El Idriss detestaba a las morenas, que le recordaban demasiado a las aburridas hembras de su país, que a veces se ponían a recitar versículos del Corán cuando uno las tumbaba en la cama.

Pero esta vez ni las rubias parecieron gustarle demasiado. Hizo una mueca, como si recordara algo de pronto, y cerró la puerta nuevamente.

Fue a la habitación de al lado.

Allí no le esperaba una mujer, sino un hombre.

Y no es que el venerable jeque Omar El Idriss fuese marica.

Ni lo parecía tampoco el tipo que le estaba esperando allí. Era

alto, hercúleo, y tenía una mirada impenetrable y metálica. Cualquiera se hubiese dado cuenta, sólo al mirarle, de que era mitad aventurero mitad verdugo.

Vestía un impecable traje cortado en Bond Street. Cuando encendió un cigarrillo, sacó un encendedor de oro macizo firmado por Cartier. Sus zapatos eran de piel de cocodrilo curtida en Venecia. Seguro que su bolígrafo era de oro macizo también, aunque seguramente se trataba de una pistola simulada.

El jeque cerró la puerta.

—Usted es Kinley —musitó.

—Sí —dijo su visitante con voz inexpresiva.

—Ha llegado puntual. ¿Cómo ha venido?

—En un avión de la Sabena desde Abidjan, vía Bruselas. En Bruselas he tomado un avión de la Lufthansa. Y en cuanto a ser puntual, naturalmente que lo he sido. Siempre soy puntual por un millón de dólares.

El jeque sonrió.

—Los he depositado esta mañana en la Banque de Genève —explicó—. Sus amigos, los que le han contratado no sé para qué (ni me importa) me los dieron para que los movilizase. Usted ya debe saber que los jeques árabes somos los únicos a quienes se les tolera un amplio movimiento de fondos internacionales, sin que los gobiernos investiguen. Un millón de dólares en la Banque de Genève son para mí una bagatela. Nadie se ha enterado, aparte de las autoridades bancarias, y a nadie han llamado la atención.

Kinley exhaló una bocanada de humo.

—¿Por qué hace usted esto, Omar? —preguntó—. ¿Qué gana?

—Una comisión del cinco por ciento —explicó modestamente él—. Son cincuenta mil pavos del ala.

—¿Pero usted no es lo bastante rico?

—Otros tienen petróleo —dijo el jeque—. Yo sólo tengo imaginación. Gano dinero invirtiendo dinero de Kuwait en todas partes y llevándome unas comisiones. Además, el Corán no dice que cincuenta mil dólares hayan sido nunca perjudiciales a la mayor gloria de Alá.

Se volvió y se sirvió un buen chorro de *whisky* de una botella de Chivas que estaba sobre una bandeja de plata. Por lo visto, al buen jeque Omar El Idriss el Corán y la mayor gloria de Alá le

importaban más bien poca cosa.

—Es usted un asesino caro —dijo mientras bebía.

Kinley pestañeó.

—¿Cómo sabe que voy a asesinar?

—En los emiratos del golfo Pérsico, podridos de dinero, de moscas y de sífilis, se sabe todo, amigo mío. En el mundo sólo hay tres o cuatro asesinos de la categoría de usted, y por lo tanto están fichados. No sé a quién ha de matar, pero sin duda se trata de un pájaro importante. Y si usted viene de Abidjan, yo, un modesto servidor de Alá, empiezo a imaginar cosas.

Kinley se mordió el labio inferior.

Quizá los que le contrataron habían dado demasiados detalles, después de todo. Y él había cometido un desliz al hablar de Abidjan. Está claro que hasta los peores asesinos se equivocan.

Pero el jeque pareció adivinar sus pensamientos cuando dijo:

—No se preocupe, yo no sé nada. A mí me han pagado por movilizar este dinero y lo he hecho. Hay tres consorcios bancarios metidos en el mejunje, de modo que supongo que el asunto tiene una gran importancia. Otra cosa... ¿le apetece una mujer? Tengo cinco en la habitación de al lado, las cinco rubias, y como me voy haciendo viejo temo que me sobren cuatro.

—Yo también me voy haciendo viejo —murmuró Kinley.

—Le dejo una alemana por cien dólares.

—Ah..., ¿pero usted cobra, jeque?

—También me saco una comisión, qué leches. Me la saco a la mayor gloria de Alá, naturalmente.

—Me temo que no va a poder ser, jeque. —Se la dejo por cincuenta, Kinley sonrió desde la puerta.

—Es usted el diablo, Idriss —dijo—. En fin, acepto, pero guárdemela para cuando vuelva de Africa. Dígame que se vaya desnudando.

Y salió.

Apenas había puesto los pies en el pasillo cuando lo vio.

El camarero avanzaba hacia él.

Un perfecto camarero suizo, o al menos lo parecía. Pero un tipo como Kinley sabía que aquel pájaro tenía andares de Harlem.

El camarero dijo:

—Buenas noches, señor.

Kinley dijo:

—Buen descanso.

Y entonces pasó una cosa extraña con el cigarrillo que llevaba en los labios, y que no se había molestado en encender.

Sopló levemente en él.

El cigarrillo era en realidad una cerbatana. La aguja envenenada salió despedida y se clavó del todo en uno de los párpados del asombrado camarero.

Éste apenas tuvo tiempo de girar.

Fue a sacar la «Magnum» con silenciador acoplado. Fue su último gesto. De pronto la sensación del veneno le llegó hasta las mismísimas entrañas.

Pero eso no fue todo.

El terrible «jab» de izquierda de Kinley lo dejó hecho un ovillo sobre la alfombra. En el silencio del pasillo de uno de los hoteles más caros del mundo, el falso camarero ya no se movería más.

Kinley se largó de allí mientras hacia una mueca de preocupación.

«Me están buscando por toda Europa —pensó—. No han tardado ni una hora en dar conmigo. Tendré que volver a Africa antes de que sea demasiado tarde. Nunca debí moverme de Yamasukro para asegurarme de que en verdad depositaban los fondos». Y aceleró el paso para dirigirse al ascensor.

Pensó en el tumulto que se armaría cuando apareciese el cadáver en uno de los lugares más selectos de la selecta Suiza. Pero, bien consideradas las cosas, tal vez no pasase nada.

Tal vez, antes de que las autoridades descubrieran el fiambre, el honorable jeque Omar El Idriss lo habría vendido ya a una carnicería. Cobrando una buena comisión, naturalmente, lo cual era lógico si se tiene en cuenta que el muerto estaba gordito.

CAPÍTULO IV

Kinley tenía prisa por marcharse cuanto antes de Suiza. Ginebra era una ciudad demasiado peligrosa. Olía a muerto para él.

Sin embargo, no podía largarse todavía. Le quedaban algunas cosas por hacer. Entre otras, llegar a aquel viejo edificio junto a la catedral, en uno de los barrios que mejor conservan el sabor de la añeja Europa.

El edificio quizá tendría unos cuatrocientos años, pero estaba perfectamente conservado y restaurado. Las piezas de vieja plata bruñida brillaban en él. En las paredes había tapices de Groninga y verdaderos cuadros de Vermeer y El Giotto. Los muebles que ya tenían una perfecta calidad cuando Europa se incendió con las Guerras de Religión, conservaban ahora su pátina de tiempo. Aquella casa era un museo digno de un millonario, y en efecto un millonario habitaba en ella.

Es lo que ocurre cuando uno se llega a convertir en un asesino de altura. Que sólo trata con gente de altura.

Pero Kinley, que sabía apreciar el arte y los objetos caros, no se fijó en ninguna de las maravillas que había allí, sino en una cosa más sencilla: se fijó en las piernas de aquella fabulosa mujer.

En su cintura suave y estrecha.

En sus caderas anchas y poderosas.

En sus senos de pezones que pinchaban el aire.

En el sedoso pelo de su pubis.

Porque la chica estaba completamente desnuda.

Uno podía verla bien.

Era una negra perfecta.

Kinley lanzó un silbido.

El millonario susurró:

—¿Le gusta?

Gran millonario aquel tal Gómez Chipiona.

Financiadore de revoluciones en Centroamérica. Traficante de divisas por todo lo alto con los banqueros independientes de Singapur. Poseedor de grandes latifundios en la Costa del Sol española. Socio del Aga Khan para la explotación turística de Córcega. Traficante de armas en Katanga. Extraño tipo que hacía en todo el mundo negocios de gran altura, pero que si podía ganarse veinte mil dólares tampoco desdeñaba vender una negra.

Como ahora.

Perfecta carne de ébano vendida en un sitio tan extraño como Suiza.

—¿Le gusta? —repitió.

—Es perfecta —dijo Kinley—. ¿Cómo la ha conseguido?

—Inmigrante ilegal, iba a detenerla la policía, y entonces ella ha aceptado mi protección —susurró Gómez Chipiona.

—¿No tenía papeles?

—Ella dice que los ha perdido, pero eso es lo que dicen todas. Estoy seguro de que no los ha tenido nunca.

—¿Y a qué pensaba dedicarse en Suiza?

—Pregúnteselo a ella —sugirió el millonario lentamente, mientras le acariciaba las nalgas a la chica.

—¿Prostitución?

—¿Usted qué cree, Kinley?

Kinley hizo un gesto afirmativo.

—Prostitución de altura —musitó—. Cuatrocientos francos suizos la sesión de cama. No le hubiera ido mal, si la policía no le llega a echar el ojo nada más poner las patas en el país, Pero dígame: ¿por qué no la explota usted, Chipiona?

—Yo no exploto mujeres —dijo el millonario, con voz ofendida—. Yo soy un caballero.

—Cierto. Y era también un caballero cuando tenía una cadena de prostíbulos en Tángier. Todo un señor.

El millonario le miró con expresión reconcentrada. Sin duda empezaba a arrepentirse de haber iniciado aquel negocio.

—Olvídese de eso, Kinley —dijo—, por su bien.

—Y usted olvídense de que me llamo Kinley, Olvídense de que he estado aquí. Olvídense de todo, Chipiona.

El millonario hizo chascar sus dedos.

—Trato hecho —dijo.

—¿Cuánto?

—Veinte mil.

—Se los voy a pagar al contado, Chipiona.

—Es mi forma de cobro. No trabajo de otra manera... en asuntos como éste. Pero debe usted tener un asunto grande entre manos, amigo. Uno no gasta así como así veinte mil dólares en una negra.

—Los asuntos grandes salen caros —dijo Kinley, sin querer precisar nada—. Uno acaba cobrando dinero Sargo, pero tiene que hacer antes inversiones muy fuertes.

—¿Para qué quiere la negra? —preguntó Chipiona.

—No le importa. De momento, lo único que trato de hacer es sacarla del país. Supongo que eso también está comprendido en los veinte mil pavos, porque de lo contrario no hay acuerdo.

—Claro que está resuelto —musitó el millonario—. He conseguido una orden de expulsión del país, pero sin ninguna acción penal contra la chica por paso clandestino de frontera. Además va a llevarse tres mil dólares de lo que yo acabo de cobrar. Será buena chica porque sabe que usted se va a hacer cargo de ella, y que no la necesitará más allá de una semana. Eso le he dicho y está conforme, pero es que además no puede elegir, Kinley dijo con indiferencia:

—Claro que no puede. Que se vista.

La chica, que hasta entonces no había dicho una palabra, recogió la ropa que tenía sobre una silla. En todos sus gestos se comportaba como una prostituta de lujo. Kinley entrecerró los ojos para preguntarle al millonario:

—Chipiona, ¿se la ha zumbado?

—¿A ella? Pensaba hacerlo, porque es una muñeca, pero no me ha dado tiempo. Y usted, ¿se la va a zumar?

—Puede —dijo Kinley con los ojos entrecerrados—. Sí, puede que sí... Tiene un culo precioso...

CAPÍTULO V

Había empezado el camino de la muerte, y un asesino de altura como Kinley sabía eso muy bien. Por lo tanto no perdió tiempo en poner en marcha su plan.

Mientras sobrevolaban las arenas del Sahara, para dirigirse a Dakar, el asesino se dio cuenta de que toda la zona del Senegal se estaba convirtiendo rápidamente en un desierto. La zona del Sahel, que no es ni Sahara ni es vegetación, pero que prácticamente impide la vida humana, se estaba haciendo más y más ancha. Siglos antes, cuando Kunta Kinte fue capturado por los mercaderes de esclavos retratados en la novela *Raíces*, el Sahara terminaba casi bruscamente y empezaba la vegetación que se iba haciendo lujuriente al entrar en el Africa negra. Ahora, no. Ahora había una zona intermedia de arena que se ensanchaba cada vez más y que lo iba devorando todo. El Sahara se hincaba en el sur, se metía como una cuña en el Africa negra, y tal vez acabaría por convertir un continente rico en un continente donde sólo imperaría la muerte.

El mismo aeropuerto de Dakar estaba a veces cerrado por las tempestades de arena, como la que recientemente ha costado la vida al primer ministro de Mauritania, y todo el camino para llegar a la ciudad era puro desierto. Sin embargo, había que reconocer que Dakar había cambiado mucho, desde la última vez que un asesino como Kinley estuvo allí.

Antes la Place de
l'Indépendance

era un lugar triste donde los leprosos tomaban el sol y donde sólo existía un edificio más o menos digno, que era la Cámara de Comercio. Unos cuantos cafés llenos de roña se iban pudriendo lentamente bajo el aire de Africa. Ahora, en cambio, la ciudad se

había ido llenando de rascacielos, las calles estaban limpias y los leprosos se habían ido replegando a las sombras de la noche el hotel Independence tenía todos los lujos, aunque en la piscina del piso 17, como para recordar que aquello seguía siendo Africa, los buitres no dejaban descansar a los que tomaban el sol, posándose en las antenas de televisión y mirándolos desde allí fijamente.

El hombre que estaba considerado como uno de los mejores asesinos del mundo y la soberbia mujer negra que le acompañaba llegaron desde París en el avión de Air France, que terminaba su recorrido en la República de Benin, la antigua Dahomey famosa por la belleza de sus mujeres gigantes. Se dirigieron al hotel Independence, casi enfrente del gobierno de la ciudad, y Kinley pidió una habitación doble.

Todo el viaje desde Ginebra hasta París y desde París hasta Dakar había sido una especie de vorágine en la cual no hubo tiempo para pensar en nada. Claro que Kinley sí que había pensado en algunas cosas, porque en París fue a visitar a un falsificador que preparó en pocas horas un pasaporte *ful* para la negra. Ahora ella se llamaba Brigitte Thorez y era ciudadana francesa. Como se había llamado antes era algo que importaba muy poco a un tipo de la categoría de Kinley.

Porque la hermosa negra era para él simplemente un instrumento.

Y ahora, en la amplia habitación del Independence, desde cuyas ventanas se divisaba la isla de Goree donde siglos antes eran concentrados los esclavos antes del viaje a América, se encontraron ambos como si se vieran por primera vez. De hecho, hasta entonces no habían tenido tiempo para mirarse uno al otro, dominados por la prisa del viaje, pero ahora se miraron uno al otro como si estuvieran en una isla desierta. Y Kinley tuvo conciencia de que Brigitte era una mujer y Brigitte tuvo conciencia de que Kinley era ni más ni menos que un hombre.

El acababa de salir de la ducha. Estaba desnudo. Y desnuda también estaba Brigitte, que se disponía a colocarse bajo el chorro de agua. Su carne quieta, maciza y dura parecía palpar en la quietud de la tarde.

Como mujer negra que era conservaba algo vital, algo primitivo y potente, algo que llamaba directamente a la intimidad del sexo.

Mirándole desde el borde de la cama, susurró:

—¿Por qué me has comprado, Kinley?

El no contestó. La llevó con suavidad a la ducha. Proyectó el agua sobre la tensa piel negra mientras la acariciaba con las manos, mientras le daba un suave masaje relajante en las pantorrillas, en los muslos poderosos, en los senos que hubieran necesitado unos intermitentes cada vez que ella giraba, porque hubieran podido cortar el tráfico.

Brigitte musitó:

—¿No te interesa saber ni mi verdadero nombre?

—Quizá no. Cuantas menos cosas sepa de ti, mejor.

—Soy un simple instrumento, ¿verdad? Me necesitas como el que necesita una máquina.

—Tal vez.

—¿Para qué me necesitas, Kinley? ¿Cuál es mi papel en todo esto? ¿Qué he de hacer?

—Eso no te importa ahora, Brigitte. Lo sabrás más adelante... si es que alguno de nosotros llega a tener tiempo para *saber*.

Ella sonrió.

—Mi verdadero nombre es Ula —dijo, mientras se dejaba acariciar por el agua.

—Mejor no haberlo sabido, Ula.

—Tampoco quieres saber de dónde soy, ¿verdad?

—Mejor no saberlo. En realidad no me importa.

—Nací en la república de Tugo —dijo sin embargo ella, con voz velada.

—Un sitio muy triste y muy pobre. Pero Togo y Dahomey son famosos por la belleza de sus mujeres. Los sultanes de Marruecos organizaban caravanas a través del Sahara para raptarlas y llevarías a sus harenes.

—Más o menos como he sido raptada yo, ¿verdad? —preguntó Ula evitando mirarle.

—Tú estabas en un mal paso y has salido de él —dijo Kinley con indiferencia—. Quizá ahora estés metida en un paso algo peor, pero ése no es asunto mío. Quizá te salgas también. Y, si no te sale, tampoco te preocupes demasiado. Nadie va a llorar sobre nuestras tumbas.

—¿Pero qué pretendes exactamente, Kinley? ¿Qué?

El no contestó y empezó a secarse. Notaba una excitación tremenda a causa de la presencia de la mujer, y quería apartarse de ella. *Necesitaba* apartarse de ella para tener la cabeza serena. Pero la excitación resultaba tan visible que Ula tuvo que notarlo.

Realmente *aquello* hacía temblar el aire de la habitación.

Ula musitó:

—¿Vas a hacerme tuya?

—¿Por qué dices eso? —preguntó Kinley sin mirarla—. En este momento estoy trabajando. No me importa otra cosa.

—Lo digo porque te veo muy... muy...

—¿Preparado? —musitó él.

—Hum... Digamos que sí.

—Debes haber visto cosas más grandes —dijo él con indiferencia.

—Hum... No sé.

—¿Cómo que no sabes?

—Soy virgen.

Kinley echó un poco la cabeza para atrás, sorprendido por aquellas palabras, mientras la miraba fijamente. La verdad era que no había esperado aquello. El hecho de que aquella preciosa mujer negra hubiera ido saltando frontera tras frontera, hasta llegar ilegalmente a Suiza, le había hecho pensar que conocía las camas más selectas de Europa, y que quizá había sido la querida de algún jeque de Oriente Medio. Y ahora, en cambio, resultaba que era virgen. No lo entendía.

—Aquel millonario sudamericano que me vendió también lo sabía —contó ella con una mezcla de audacia y de candor.

—¿Y cómo lo supo?

—Me metió los dedos.

Kinley giró la cabeza bruscamente.

—Es extraño que no llegara a aprovecharse de ti —dijo.

—No le quedó tiempo. La oportunidad de venderme se presentó con tanta rapidez que hubo de olvidarse de la sesión de cama. ¿Y tú qué vas a hacer? Porque tú sí que tienes tiempo. ¿Vas a aprovecharte de mí?

Era toda una invitación.

Una invitación perversa y a la vez ingenua. Era como tener a un tiempo, en aquella habitación silenciosa, a una prostituta y una

colegiala. Kinley sintió el ramalazo de la pasión en el fondo de la sangre.

Pero se dominó. En aquel momento lo único que le interesaba era el trabajo. Mientras volvía la espalda, dijo brutalmente:

—Si vas cachonda, métete los dedos, nena.

Y se dirigió al teléfono mientras ella permanecía en el cuarto de baño. Pidió una conferencia con un cierto número de Copenhague.

No le hicieron esperar. Las líneas, por fortuna, estaban descargadas a aquella hora. Una voz masculina le contestó algunos minutos más tarde:

—¿Kinley?

—Soy yo. Te oigo perfectamente, Bianchi.

—Esperaba tu llamada. ¿Cuáles son las órdenes?

—Las que ya imaginabas. ¿Ella está en la casa?

—Si.

—¿Lo has comprobado?

—Claro que lo he comprobado. En los tres últimos días no ha salido de allí. Parece como si sospechara algo, lo cual va a poner las cosas difíciles.

La voz de Kinley se hizo dura y metálica mientras decía:

—No difícil ni fácil. Es algo en lo que no puedes fallar, Bianchi. Tienes que secuestrarla. —¿Y acabar con ella?

—Ésta vez no valen los métodos demasiado expeditivos —dijo Kinley—. Hay que usar la inteligencia. Conserva a la chica en tu poder y haz que no sufra ningún daño. ¿Me has entendido bien? He dicho *ningún daño*, incluidos los daños sexuales. No le tocarás ni un solo pelo.

—Menudo aburrimiento... —dijo Bianchi.

—Te va en ello el pellejo. Conservarás a la chica en tu poder, en un lugar absolutamente seguro, hasta que yo te avise. No sé por qué sistema lo haré, pero recibirás noticias mías. En cambio yo sé de qué modo voy a recibir cada día noticias tuyas.

—¿De qué modo? —preguntó Bianchi, que hablaba desde un hotel cuyas ventanas reflejaban las torres verdes del Parlamento de Copenhague.

—Tú conoces el *Freeport News*.

—Sí. Es el único periódico de la República de Freeport.

—Pues bien, a partir de mañana insertarás un anuncio

admitiendo carga para el buque *Ulysses*, que debe atracar allí el mes que viene. El *Ulysses* es un buque que sólo existe en mi imaginación, pero como en el mundo hay varios llamados así a nadie le va a extrañar demasiado. Darás la dirección de cualquier agencia de fletes de Londres y dirás en el anuncio que envíen las cartas allí. Es posible que alguien escriba, pero eso, es lo de menos. El anuncio no tiene para mí otro interés que saber diariamente que las cosas van bien. Yo leeré el *Freeport News* todos los días.

Bianchi dijo desde Copenhague:

—Perfecto, Kinley. ¿Nada más?

—Sólo esto: no puedes fallar, Bianchi.

—Cuenta conmigo. Las cosas van a ir a pedir de boca. Dentro de dos días saldrá el primer anuncio.

Y colgó.

Kinley colgó también.

De pronto tuvo la sensación de que alguien le estaba mirando. Se volvió hacia el fondo de la habitación.

Y vio los ojos muy abiertos, las piernas carnosas y duras, el pelo rizado del pubis. Brigitte o Ula, como quisiera llamarse, estaba de pie, ante él. Lo había oído todo.

Pero quizá eso no importaba, Lo que importaba era que estaba desnuda. Que en su cuerpo seguía habiendo una palpitación y una primitiva llamada.

—Las negras estamos mejor con medias blancas —dijo ella—. Aseguran que nuestra piel destaca más.

Kinley contestó sin querer mirarla:

—Vete al infierno.

Y se largó para alejarse de allí. Iría a dar una vuelta por el mercado indígena de Dakar y buscaría a los antiguos enlaces de otro tiempo. Aún tenía buenos amigos en la capital del Senegal. Porque necesitaba varias cosas, entre ellas una canoa rápida con una buena provisión de bombas de mano, balas y armas. No iba a ser fácil llegar a Freeport desde Dakar, burlando la vigilancia, pero el mar era el único camino para llegar al corazón de uno de los Estados más crueles de África.

Dejó a Brigitte sola en la habitación. No había peligro de que se largase de allí. Sin dinero y sin documentación, pues todo lo guardaba él, ¿adónde demonios iba a ir?

Claro que podía dedicarse a vender su virginidad en una esquina, pero eso no era nada fácil. Ninguna virgen que se precie y que quiera hacer *carrera*, vende su himen en un callejón de Dakar.

CAPÍTULO VI

El presidente Bojul era un negro de mediana estatura, de facciones enérgicas y astutas, ancho de hombros y vestido siempre con una escrupulosa elegancia francesa. Oficialmente él era un mahometano muy piadoso, pero jamás usó el fez ni las ropas blancas que usaban, por ejemplo, otros líderes de Africa. Amante de los uniformes ostentosos, al estilo de Amin y de Bokassa I, se había puesto aquella mañana una guerrera azul con charreteras rojas que parecía arrancada de una estampa militar del siglo XIX, pero que él había adornado con una serie de medallas y condecoraciones que le cubrían materialmente el cuerpo. Todas las condecoraciones habían sido inventadas por él mismo o por sus amigos, pero no podía negarse que causaban efecto y que tenían además unos nombres ostentosos: Gran Cruz del Sol, Gran Orden del Águila Africana, Gran Encomienda del Imperio, Gran Diadema de la Orden de Alá... Cualquier espectador ingenuo hubiese podido pensar que aquel hombre había salvado a la humanidad, o poco menos. Pero lo que realmente el presidente Bojul quería no era salvar a la humanidad, sino que la humanidad cayera a sus pies. Y creía estar en el camino para conseguirlo.

Aquella mañana la empezó muy alegre, después de haber dormido con tres de sus esposas a la vez, en una enorme cama estilo Imperio.

Luego se bañó con esencia de algas perfumadas.

Hizo que le vistieran.

Se colocó las condecoraciones.

Desayunó con appetite.

Y luego se dirigió a una de las ventanas interiores de su magnífico palacio de Freeport situado en una colina que dominaba

los muelles. Desde sus ventanales se podía divisar una magnífica panorámica de la costa occidental de Africa, pero el presidente de la República de Freeport eligió para empezar el día un panorama mucho menos espectacular. Sencillamente, desde la ventana a la cual se dirigió se distinguía un patio interior en el cual habían sido levantados cuatro patíbulos con cuatro guillotinas. Porque la guillotina era una máquina de matar usada por un país ilustre, y el presidente Bojul no estaba dispuesto a ser menos que el presidente De Gaulle o el presidente Giscard d'Estaing

Los cuatro condenados estaban ya allí.

Esperaban pacientemente a que el Muy Supremo Jefe del País y Salvador del Estado se dignase dar la orden de ejecución, después de haber desayunado copiosamente.

Bojul miró a aquellos hombres.

Iban a morir anónimamente, como perros, iban a morir sin que ni un periódico, ni una agencia de noticias, ni un simple pregonero de la selva diera cuenta de su trágico fin. Iban a ser enterrados en una fosa común y se arrojaría sobre sus cuerpos una palada de cal para que se descompusiesen pronto. En el camino del sufrimiento humano, no dejarían ni una huella.

Y, sin embargo, no eran personas vulgares. Uno de los cuatro condenados era uno de los poetas en lengua *boulé* más importantes de la cultura africana, pero que había cometido el imperdonable error de protestar contra la tiranía de Bojul. Otro era un médico que prestó auxilio a unos guerrilleros heridos. Los otros dos eran misioneros en cuyas casas encontraron refugio unos disidentes. En fin, gentuza que debía morir para que la gloria de Bojul, en el transcurso de los siglos, fuese más brillante y más grande.

Hizo una seña desde la ventana.

Los cuatro cuerpos fueron colocados de bruces en las plantas metálicas de las guillotinas.

Otra seña.

Los cepos cayeron sobre los cuellos.

El silencio en el patio era espectral. Los verdugos estaban a punto. Sólo faltaba una última seña para que las fatídicas cuchillas cayeran sobre las cabezas.

Y la seña se produjo.

Con una especie de escalofrío de placer, Bojul vio el relampagueo de las hojas. Luego oyó los cuatro chasquidos que se produjeron sucesivamente, como cuatro notas musicales. Las cuatro cabezas cayeron una tras otra, entre auténticas torrenceras de sangre que lo llenaban todo.

Había sido una ejecución perfecta. Los verdugos, a base de práctica, habían llegado a ser unos verdaderos artistas.

Luego, Bojul abandonó la ventana.

De lo que había ocurrido en el patio interior no se enteraría apenas nadie, pero de lo que iba a suceder a continuación sí que se enteraría todo el mundo. Porque Bojul estaba dispuesto a demostrar que él era un hombre culto, fino, refinado, amante de las ciencias, un verdadero protector de la cultura, uno de los mejores presidentes, en fin, que había tenido la nueva Africa.

Todas las calles de Freeport, en efecto, estaban cruzadas por grandes pancartas en brillantes colores, anunciando todas lo mismo: «GRAN EXPOSICION AEREA INTERNACIONAL DE LA REPUBLICA DE FREEPORT». Y debajo, en letras más pequeñas: «Todos los modelos desde el Bleriot hasta el

F-16

».

En efecto, Bojul, gran amante de la aviación, había organizado un espectáculo auténticamente magnífico. El estadio de Freeport, el recinto con más capacidad de toda la república, había sido cubierto por una enorme cúpula de plástico, y el terreno de juego había sido cubierto por un piso de finas tablas. El estadio se había convertido así en el lugar ideal para que en él se alinearan todos los modelos de avión de combate que el ingenio del hombre había producido, desde el famoso Curtis hasta el no menos famoso Hurricane, para terminar con los más sofisticados reactores. Era una exposición que costaba dinero, pero Bojul perseguía con ella unos objetivos muy concretos.

En primer lugar, muchos extranjeros visitarían el certamen. Todos apreciarían un clima de paz, pues las calles de Freeport eran muy tranquilas si uno se limitaba a pasear por ellas.

En segundo lugar, el prestigio internacional de Bojul se elevaría muchos enteros, pues nunca se había organizado una exposición

aérea tan importante en Africa.

Y en tercer lugar —eso era lo esencial—, los enemigos de Bojul sabrían que acababa de adquirir en Francia una escuadrilla de soberbios Mirage

F-16

. La escuadrilla sería precisamente exhibida en un lugar bien visible, dando al tirano una fama de invencibilidad.

El Mercedes esperaba en la puerta. Todo el recorrido desde el palacio presidencial hasta el estadio estaba flanqueado por guardias con uniforme de comando y el arma lista. Pero no había peligro, porque los niños de las escuelas y los trabajadores de muchas industrias habían sido llevados a la fuerza allí y aplaudían al presidente con esa especial veneración que los más tontos sienten por los más poderosos. Quizá es que mucha gente no merece nada mejor. Cada uno de los «vivas» lanzado por los soldados era coreado estruendosamente.

Los alrededores del estadio eran un hormiguero humano. Centenares de pancartas daban la bienvenida a Bojul y miles de banderitas con su retrato eran agitadas frenéticamente. Todo el gobierno en pleno esperaba en la puerta. Los diplomáticos acreditados en Freeport también se disponían a darle la bienvenida.

Era un triunfo. Bojul, que siempre fue un maestro en el difícil arte de eliminar a los enemigos, estaba viviendo su momento de gloria. Saludó desde la ventanilla del coche, mientras la gente prorrumpía en vítores.

En aquel momento el jefe de seguridad vino hacia él. Estaba tan asustado que parecía un negro que de un momento a otro fuese a volverse blanco.

—Señor presidente... —balbució.

—¿Qué pasa?

—Es muy grave.

—¿Un atentado? ¿Alguien ha aprovechado la exposición para...?

El jefe de seguridad se metió en el coche. Hizo una seña al chófer para que siguiera hacia el interior del estadio, pero a poca velocidad. Mientras tanto dijo con voz agitada:

—Ha ocurrido algo muy grave, señor presidente.

—¿Pero de qué infiernos se trata?

—Su hija...

Los dedos de Bojul se tensaron.

—¿Qué pasa con mi hija? —preguntó.

—Estaba en Copenhague... —balbució el jefe de seguridad—. Ya sabe usted: estudios de antropología, de idiomas... Una chica lista, Pero le juro que no se ha cometido ningún fallo de vigilancia. Ninguno.

—¡Eso lo veremos luego! ¿Qué infiernos pasa?

—La han, secuestrado, señor presidente.

Los dientes de Bojul, todavía jóvenes y fuertes, chirriaron como las piezas de una máquina.

—Quizá no he eliminado aún a todos mis enemigos... —dijo con voz chirriante—. Aún hay demasiada gente en Freeport que trabaja contra mí...

—No se trata de gente de Freeport, señor presidente. Estoy casi seguro de eso.

—¿Pues entonces quién...? —Se trata de un grupo internacional—. ¿En qué te fundas?

El jefe de seguridad mostró un ejemplar nuevo del único periódico que se editaba en Freeport. La página por el que estaba abierto publicaba dos pequeños anuncios. —Uno de ellos me llamó la atención— dijo el policía—. Es este de admisión de carga para un buque llamado *Ulysses*. Ayer hice, una investigación para saber qué consignatario tenía ese buque en el occidente de Africa y resulta que no tiene ninguno. Esta mañana a primera hora he llamado a Londres, a la agencia de fletes, y resulta que no saben nada. Es una patraña. Se trata, sin duda, de una contraseña para alguien que está aquí, pero el anuncio lo ha puesto alguien que está fuera. He sabido que lo pagaban... desde Copenhague.

Los dedos del presidente se tensaron otra vez. Ya no oía ni siquiera los vítores de la multitud mientras el Mercedes se disponía a franquear la entrada de honor del estadio.

Pero se estaba dominando. Preguntó con su frialdad habitual:

—¿Cuándo se han recibido noticias del secuestro de mi hija?

—Esta misma mañana, unos minutos después de que yo averiguara lo de la agencia de fletes de Londres.

—¿Desde dónde ha llegado la noticia?

—Desde Copenhague, un cable. Y directamente a mí. Junto con unos documentos.

—¿Cómo sabemos que todo es verdad?

—Lo sabemos porque con una cosa así no se bromea, pero además he llamado al instante a la residencia de la hija de usted, señor presidente, Me han confirmado que falta desde hace varios días. Ya han dado parte a la policía danesa.

—Malditos hijos de zorra... ¿Y por qué no me han avisado antes?

—Compréndalo, señor presidente... —dijo temblando el jefe de seguridad—. Éste es un país al que en Dinamarca no dan importancia... Supongo que la gente ni lo conoce. Su hija era allí una estudiante más, y al principio debieron pensar que se había ido unos días con un amigo. Parece que las chicas danesas no dan demasiada importancia a eso.

—¿Eso han pensado? ¿No me conocen allí? ¡Pues lo pagarán caro! ¡Algún día los aplastaré! —gritó Bojul, cuyos sueños de gloria no se detenían ni siquiera ante los límites de Europa.

—Señor presidente. Por favor. Eso será «algún día». Pero hoy es «hoy».

—¿Qué pasa? ¿Vas a darme consejos? ¿Tú?

—Sólo intento decirle que no podemos perder tiempo. Estamos entrando en el estadio y usted va a pronunciar el discurso de inauguración. Bien... Pero después hay unas condiciones. Los secuestradores las han impuesto. Dicen la verdad. Tienen a la hija de usted. Los documentos que he recibido lo prueban.

—¿Qué condiciones?

—Dinero, naturalmente. Por eso le he dicho ya que no se trata de un delito político, sino del golpe de una banda de mercenarios internacionales.

—¿Cuánto dinero?

—Trescientos mil dólares.

—No es demasiado —dijo Bojul—. Me temía más.

—Pero no es eso solo. Debe depositarlos usted mismo en un determinado lugar. Sólo así los secuestradores tendrán la garantía de que no se les prepara ninguna encerrona.

—Están locos...

—Todo lo contrario. Son muy listos.

—Sí, ya veo que han pensado en todo... ¿Pero qué lugar es ése? No van a lograr nada si traían de conseguir que yo me vaya del

país... No pienso salir de Freeport para nada, ni para salvar a mi hija...

—En efecto, señor presidente. Si usted se aleja del país, existe el peligro del golpe de Estado, y eso es algo que de ninguna manera va a suceder. Yo no hubiese aceptado una condición así. En cambio lo que me han propuesto no exige que usted se desplace. No necesita ni salir de la exposición.

Bojul pestañeó incrédulo.

—¿Qué he de hacer? —preguntó.

—Depositar el dinero en uno de los

F-16

. *Usted personalmente.*

—¿Y cómo sabrán que lo hago yo?

—Me temo que haya algún observado entre el público, señor presidente, y que emita noticias por medio de un transmisor de microondas. Eso es algo que no se puede evitar.

—Lo sé, pero... ¡pero están locos! ¡Locos de remate! ¿Cómo esperan llevarse luego los trescientos mil dólares?

—Supongo que querrán arrancar con el

F-16

.

Bojul rió en contra de su voluntad.

—Es ridículo —dijo—. Absurdo... Nadie puede despegar desde el estadio. Una cubierta de plástico lo tapa. Por otra parte, un

F-16

necesita mucha más pista para despegar. En el estadio solo hay ciento cincuenta metros libres de extremo a extremo... ¡Y además necesitarían acercarse y pilotarlo! ¡Completamente ridículo!

En efecto, lo era al menos visto con los ojos de una persona que conociese los aviones. Pero el jefe de seguridad musitó:

—Por absurdas que parezcan, son las condiciones que ponen. Y eso nos favorece, creo yo. Cuando los secuestradores intenten acercarse al

F-16

, los atraparemos con la mayor facilidad. Será un juego de niños.

—¿Y cómo sé que me devolverán a mi hija?

—En eso debe fiarse de ellos. Es su última condición. Cuando haya depositado el dinero recibirá instrucciones, pero me han

asegurado que ella está aquí, en el país. La han pasado clandestinamente.

Bojul tenía la boca abierta.

No podía ni hablar.

Pero tampoco le iba a quedar tiempo para hacerlo, porque el Mercedes acababa de detenerse al fin ante la tribuna desde la cual iba a declarar inaugurada la exposición aeronáutica. Todo el mundo aplaudía estruendosamente. Una serie de militares cubiertos de medallas inventadas por ellos mismos, saludaban en fila y esperaban que les pasara revista.

Bojul tuvo presencia de ánimo. Se apeó y realizó las ceremonias previstas sin que en su cara se notase la menor excitación. Luego subió a la tribuna y leyó el discurso que le habían preparado sus consejeros.

Lo hizo con voz aparentemente normal, aunque los que le conocían bien notaron algo extraño. Luego declaró inaugurada la exposición.

Todo el inundo se distribuyó entre los aviones, para verlos de cerca, aunque mucha gente hubo de salir porque aquella primera visita era sólo para los invitados especiales. Luego, Bojul miró al jefe de seguridad.

—¿Qué avión es? —musitó—. Aquel de la derecha.

En efecto, era un

F-16

último modelo. Estaba como una joya de plata al fondo de una de las pistas del estadio.

—¿Lo habéis vigilado?

—Hace horas que no lo perdemos de vista.

—De acuerdo, voy allá. ¿Dónde está el dinero?

—Lo he preparado yo en persona, señor presidente. Aquí está el maletín: trescientos mil en billetes usados, tal como exigían. En eso no he hecho trampa porque no vale la pena. Atraparemos a esos bandidos antes de que los usen.

Bojul sonrió.

También estaba de acuerdo en eso.

Los atraparían. Y cuando Bojul los tuviera en sus manos les haría enterarse de lo que era «su» justicia.

Con el maletín, se acercó al

F-16

. Algunos de sus dignatarios le seguían, pero a cierta distancia. Bojul llegó al mismo lado del aparato. No sabía que aquélla era la etapa final de un golpe cuidadosamente planeado, que aquél era el último paso dado por uno de los mejores asesinos del mundo.

No sabía que allí estaba la muerte.

CAPÍTULO VII

Tampoco sabía que el mejor asesino del mundo se encontraba a muy poca distancia, casi sobre su cabeza. Esta vez las medidas de seguridad habían fallado, pero por una sencilla razón: nadie imaginaba que en un sitio tan inverosímil pudiera meterse un hombre. Kinley estaba dentro de uno de los grandes tubos de refrigeración que bordeaban el enorme recinto, para hacer más soportable, bajo la bola de plástico, el inmenso calor de Africa.

Por las rendijas, Kinley lo estaba viendo todo. Y en aquel minuto decisivo supo que tenía que pasar a la acción, que había llegado al instante decisivo donde culminaban todos sus esfuerzos y todos sus planes.

La carga de cinco kilos de goma 2 estaba bajo el asiento del F-16

. Podía hacerla estallar con el emisor de microondas que tenía en sus manos. Bastaba con pulsar una conexión y... ¡al infierno!

Con cinco kilos de goma 2 no sólo volaría Bojul, sino además todos sus dignatarios. Y aunque aquél no fuera un sistema demasiado elegante de matar, eso le importaba poco a un hombre como Kinley.

Esperó a que el presidente de la república estuviese materialmente encima del asiento, depositando el maletín. Entonces contuvo la respiración y apretó el botón que conectaba los dos hilos.

En su imaginación le pareció oír la terrible explosión.

¡Braaaaam!

Todo al infierno, Los sistemas de refrigeración serían brutalmente sacudidos.

Posiblemente él caería al suelo, pero eso poco importaba ya.

Transcurrió un segundo, dos... ¡tres!

Pero nada se movía. Todo estaba igual. ¿Por qué demonios había fallado? ¿Por qué no se iba todo al abismo? ¿QUE ESTABA PASANDO ALLÍ?

Kinley pulsó de nuevo el botón y oyó el ruido de los dos cables al juntarse. Les había dado una conexión sonora precisamente para saber que esa conexión se producía. Y el resorte funcionó a la perfección. Lo único que estaba fallando era la carga colocada bajo el asiento del

F-16

..., ¡pero eso era imposible!

El asesino sintió que unas gotas de sudor helado nacían en su frente.

Nunca había tenido un fallo así.

Bojul se estaba retirando ya.

Una silenciosa desesperación dominó a Kinley, metido en aquella especie de ratonera. Pero eso no era lo peor, va que en aquel preciso momento supo que iba a ser descubierto. Por un puro azar, por una pura mala suerte, una de las rejillas del tubo se desprendió, cayendo ruidosamente a tierra.

Los hombres encargados de la seguridad miraron hacia arriba.

Y el propio Bojul ordenó:

—¡Fuego!

No le importaba equivocarse. Lo peor que podía pasar era que enviase al infierno toda la instalación de aire acondicionado del recinto. Sus hombres alzaron las metralletas y enviaron al aire una rociada de balas.

La instalación de duraluminio quedó materialmente acribillada y parte de la tubería saltó. La gente empezó a correr en todas direcciones mientras el inmenso recinto se llenaba de gritos.

Los policías no sabían a quién buscaban, pero en caso de duda se atuvieron a las normas dictadas para aquellas circunstancias: todo el mundo es sospechoso.

En consecuencia dispararon contra la multitud, contra todo lo que se moviera.

El recinto se llenó de gritos de muerte.

Chorros de sangre saltaron al aire.

Hombres y mujeres cayeron entre las ruedas de los aviones,

mientras en torno a Bojul se formaba un círculo de protección que era a la vez un círculo de muerte.

Kinley se dio cuenta de que estaba perdido y de que iba a morir en una infecta ratonera, pero tuvo suerte en una cosa: la tapa que se había desprendido estaba a unos veinte metros de él, y fue allí donde empezaron a picotear las balas. Eso le dio unos segundos de respiro, unos segundos nada más, mientras el chorro de muerte iba llegando velozmente hacia donde estaba su cuerpo.

Desprendió entonces, la rejilla junto a la cual se encontraba. Ya no le importaba que le viesan. Puestos a morir, moriría al menos al aire libre.

Su cuerpo se desprendió desde las alturas.

Se oyó un grito unánime, un verdadero alarido de asombro y de muerte.

Todo el cuerpo de Kinley dio una vuelta de campana en el aire. Dio la sensación de que caía sin rumbo y de que se estrellaría como un fardo.

Pero en realidad Kinley había calculado perfectamente sus movimientos, incluso en aquel momento de desesperación. Sabía que, después de dos vueltas de campana, caería de pie. Y cayó de pie... ¡encima de uno de los coches de la escolta!

Dos hombres del servicio de Seguridad estaban junto a aquel coche. Los dos giraron a un tiempo, sin poder creerlo.

Pero eran hombres entrenados y rápidos. Sus metralletas giraron con ellos. Se dispusieron a apretar los gatillos.

Y entonces vieron aquel brillo fugaz entre los dedos del desconocido.

No se dieron cuenta de que era una FN Brownin. No tuvieron tiempo ni para eso. De pronto Kinley, que sujetaba el arma con ambas manos, disparó frenéticamente.

Las balas saltaron como colas de escorpiones. Los dos hombres oyeron nada más una especie de silbido dentro de sus propias cabezas. Cayeron girando sobre sí mismos, mientras el coche que tenían que proteger quedaba rociado con el plomo de sus propias metralletas.

No había nadie dentro de él, pero el motor estaba en marcha porque iba a salir de un momento a otro. El depósito reventó y todo el coche se convirtió en una inmensa bola de fuego.

Kinley saltaba del techo en aquel mismo momento. La bola de fuego y los movimientos febriles de la gente le protegieron contra las balas que aullaban en todas direcciones.

Corrió entonces hacia una salvación imposible.

Allí estaba el Curtis.

Entre el humo y los gritos, el viejo biplano surgía como una especie de alucinación. El Curtis, aparato del año 35, que incluso se utilizó al principio de la Segunda Guerra Mundial 1939-1945

, se hizo famoso por su seguridad y su maniobrabilidad, lo que lo convertía en ideal para las acrobacias aéreas. Pero con un solo motor de doce cilindros en círculo y sin más armamento que dos ametralladoras, sucumbía rápidamente ante los Messersmith alemanes, de modo que hubo que retirarlo y sustituirlo por los temibles Hurricane y Spitfire. El Curtis se convirtió en una pieza de museo, y como una pieza de museo estaba allí. Pero en aquel momento no hubiera podido soñar Kinley una cosa mejor.

Sabía que todos los aparatos que estaban allí iban cargados con algo de gasolina por una sencilla razón: en el acto inaugural, el presidente Bojul quería que todos los motores rugiesen a la vez, dando una sensación de soberana potencia. Aquella gasolina no daba para gran cosa, pero él tampoco necesitaba más.

Saltó a la cabina y dio contacto.

La confusión era indescriptible. Los muertos debían contarse por docenas, puesto que los hombres de Bojul seguían disparando contra todo lo que se movía, pero era aquella confusión precisamente lo que salvaba a Kinley. Nadie se pudo lijar en él cuando descendía de nuevo para dar dos vueltas a la hélice.

El motor empezó a rugir al tiempo que el asesino quitaba de dos puntapiés los calzos que inmovilizaban las ruedas. Saltó de nuevo a la cabina, pero en aquel momento fue el propio presidente Bojul quien le vio:

—¡Allí!...

Kinley dio más gas y soltó frenos. El biplano se puso a avanzar sobre la pista de madera, mientras los gritos y las maldiciones se convertían en alaridos indescriptibles.

Las metralletas giraron hacia el Curtis, pero éste va ganaba velocidad. Muchas bocas se abrieron asombradas ante aquel

espectáculo indescriptible: ¡un avión se disponía para el despegue en un recinto cerrado donde no podía volar!

Pero la muerte es la muerte. Kinley sabía que ya estaba en la tumba y quería al menos entrar dignamente en ella. Ganó velocidad mientras sentía las ráfagas de metrallera entre las ruedas y se daba cuenta de que se le terminaba la pista... si es que podía llamarse pista a aquel corredor de madera donde la gente saltaba de un lado para otro y donde las alas apenas cabían.

Lo vio entonces muy bien.

¡La pared!

¡Infiernos! ¡El estadio terminaba allí!

¡Iba a estrellarse!

Tiró bruscamente del timón hacia atrás y el Curtis, aparato de gran sustentación gracias a sus dos alas, se despegó del suelo con un rugido. Falto de la velocidad suficiente, estuvo a punto de capotar, pero al fin el morro ganó altura... ¡para enfrentarse en línea recta a los graderíos del estadio!

Kinley tenía la muerte ante los ojos, sabía que aquello era el fin y eso le daba una gran serenidad. Ya nada le importaba nada, excepto seguir con aquel diabólico juego de la tumba. De modo que inclinó el timón a un lado, haciendo que el avión se deslizara hacia la izquierda mientras seguía ganando altura.

En circunstancias normales hubiera volado, a pesar de todos los problemas, pero ahora era imposible. ¡Porque iba hacía la enorme lona de plástico que tapaba el estadio! ¡Y sabía que la hélice quedaría enganchada en ella, de modo que no iba a poder romperla!

¡Estaba tan perdido como antes!

¡Era igual que una mosca que vuela desesperada dentro de la campana de cristal de una quesera!

Sin embargo, tampoco Kinley perdió la serenidad. Aquél era su juego mortal, su última gran exhibición antes de ir a la tumba. Por lo tanto, al ver que iba a chocar contra la lona, se encajó con un seco movimiento el cinturón de seguridad enrollable... ¡y colocó el avión cabeza abajo!

Las ruedas casi arañaron el cielo de plástico mientras abajo sonaban los alaridos de la multitud. Los pistoleros de Bojul, que ya casi habían llegado a enfilarle, tuvieron que cambiar el sentido de

sus armas ante aquella increíble maniobra.

Todo el estadio había dado una vuelta espectral ante los ojos de Kinley, mientras éste se disponía a la única cosa que podía hacer, ¡morir matando!

Cuando el Curtis llegaba al final del otro lado del estadio, él situó el morro hacia abajo en otra increíble maniobra, poniendo el avión en posición normal. Toda la superficie del estadio —unos ciento cincuenta metros lineales— se extendía ahora bajo sus alas.

¡Y allí estaba el presidente Bojul! ¡Podía ver su flamante uniforme medio oculto tras el Mercedes!

Kinley hizo girar las ametralladoras. Para dar mayor realismo a la exposición, todos los aviones podían utilizar sus armas reglamentarias, excepto los cohetes. Pulsó el botón de disparo y envió a los aires una enloquecedora ráfaga de muerte.

Vio caer como moscas a los hombres que estaban abajo, protegiendo el Mercedes. Saltaron en todas direcciones, lanzando al aire sus metralletas, mientras las balas se acercaban al Mercedes raudamente. Al darse cuenta de que iba a morir, Bojul lanzó un grito de horror y se situó bajo el coche.

Las ametralladoras lo hicieron saltar. Lo convirtieron materialmente en un montón de chatarra.

Pero el Mercedes no estalló como había estallado el otro y como Kinley esperaba. No tuvo tiempo de ver nada más. De pronto, cuando le parecía que no había hecho más que dar la vuelta, se encontró de nuevo ante las tribunas del estadio.

Volvió a girar el timón para virar ahora a la derecha. Materialmente peinó los asientos con las ruedas. Todos los vigilantes que estaban allí para controlar a la multitud saltaron como liebres, sin poder disparar ni un tiro.

Kinley se mordió el labio inferior con desesperación.

Estaba fracasando, puesto que no había podido matar a Bojul. Y lo peor era que la escasísima gasolina se terminaba. El motor empezaba a ratar.

Se dio cuenta de que se estrellaría contra el suelo, pero lo peor era que aplastaría a muchas víctimas inocentes de las que aun corrían enloquecidas por el estadio. Durante unas décimas de segundo, no supo qué hacer.

Y entonces vio la puerta de honor, que por supuesto estaba

abierta de par en par. Si encaraba bien el Curtis, aún podría pasar sin que las alas se destrozaran contra los lados de aquella puerta. No le quedaba más remedio que hacer una prueba absolutamente desesperada... ¡y la hizo!

El motor volvió a rugir.

La altura a la que volaba Kinley era absolutamente suicida. Apenas la de la cabeza de un hombre.

Encaró la puerta, midió con los ojos hasta el último centímetro..., ¡y pasó! Con un último rugido dejó atrás el estadio donde se apilaban los muertos, para tener ante sus ojos la plaza llena de palmeras donde corría alocada la multitud.

Algunos vigilantes dispararon contra el Curtis, pero sin poder afinar la puntería. Kinley se dio cuenta entonces de que había llegado al último tope de la gasolina y de que necesitaba tomar tierra en cualquier sitio. Por descontado que le era imposible planear, al faltarle altura. Lo único que podía hacer era dejar caer el morro, ¡y poner buena cara para entrar en el infierno!

Un autocar urbano de Freeport, que había traído escolares hasta allí y ahora estaba vacío, le dio la idea. Alzó un poco el morro, enderezó el avión y montó materialmente en aquel autocar. Las ruedas patinaron en el techo antes de que el Curtis quedara detenido.

Kinley vio que una serie de vigilantes salían del estadio a toda velocidad, lanzando gritos.

Sonrió.

Aún tenía una cosa en sus manos: las dos ametralladoras. Y en las ametralladoras había dos cintas casi completas de balas.

A cualquiera que hubiese visto imparcialmente aquella escena le hubiese parecido un trucaje cinematográfico, pues el Curtis estaba materialmente montado sobre el autocar y a punto de caer por un lado. El equilibrio era tan inestable que parecía imposible. Sin embargo, el aparato se mantuvo allí, resbalando muy lentamente, mientras las dos ametralladoras crepitan con velocidad diabólica.

Ninguno de los esbirros de Bojul esperaba aquello. Mientras salían por la puerta fueron cayendo sin saber realmente lo que ocurría, formando un racimo humano. La gente que salía tras ellos, completamente aterrada, volvió lanzando alaridos al interior del estadio. Desde éste partieron algunos disparos, aunque nadie apuntó

al avión porque nadie sabía bien dónde estaba.

Kinley acababa de realizar una auténtica masacre entre los esbirros de Bojul, pero la situación distaba mucho de ser optimista para él. Al contrario: había fracasado. Bojul continuaba vivo mientras que él no tenía la menor posibilidad de salvación.

Pero aún estaba decidido a morir matando. Por eso saltó de la carlinga del Curtis, se deslizó a tierra y corrió hacia el Mercedes oficial que estaba estacionado a muy poca distancia del estadio. Un corpulento negro que debía ser el chófer se dio cuenta de la situación y corrió también hacia allí, mientras desenfundaba una Baretta. Pero Kinley no le dio la menor oportunidad.

La FN brilló fugazmente en su derecha.

Y todo fue muy rápido.

Un disparo.

Un grito.

Una espesa línea de sangre marcó la carrocería negra del Mercedes mientras Kinley abría la puerta.

Las llaves de contacto estaban puestas. Las giró y dio gas. Salió disparado mientras dos motoristas armados con pistolas ametralladoras venían hacia él. Cada uno de ellos montaba una monstruosa Kawasaki 1200, que supera en velocidad a cualquiera de los coches que se fabrican en el mundo. Con aquellos dos galgos a sus espaldas, Kinley no tenía la menor posibilidad de huir.

Por eso no esperó a que llegaran junto a él. Embistió de costado el gran carro de frutas tropicales que estaba estacionado en la acera. Las succulentas piñas, los carnosos mangos, las gruesas bananas salieron despedidas por los aires mientras los motoristas hacían rugir los cilindros. Las ruedas giraron y de pronto se encontraron con aquella turbamulta de frutas que formaban en el suelo una masa coloreada y viscosa. Allí las Kawasaki patinaron mientras sus conductores salían despedidos de flanco. Uno de ellos quedó sin sentido y el otro chocó de cabeza contra el capó del Mercedes, oyéndose un seco chasquido mientras la sangre saltaba en todas direcciones.

Kinley intentó salir de allí; aunque no sabía adónde demonios podía dirigirse. Giró el volante y en aquel momento una ráfaga le envió el motor al diablo. El capó empezó a despedir una espesa columna de humo.

Antes de que el coche estallara, el asesino tuvo que lanzarse a toda velocidad. Sabía que el Mercedes se convertiría dentro de algunos segundos en una bola de fuego. Saltó, dando una vuelta de flanco en el aire, al tiempo que un nuevo vehículo negro venía hacia él. Y ahora sí que supo que estaba atrapado sin remedio. Dentro de aquel vehículo negro venían los esbirros. Tenían que venir...

Chocó materialmente contra los cristales del vehículo.

Y en aquel momento la puerta del lado derecho se abrió.

—¿Por qué no subes? —preguntó una voz suave.

Kinley sintió algo parecido al vértigo. En el primer momento no pudo creerlo. Porque conocía muy bien aquella voz.

Era la de Brigitte, o Ula, o como infiernos quisiera llamarla. Era la voz de la muchacha a la que compró en Ginebra.

CAPÍTULO VIII

Los pensamientos de agolparon de tal modo en el cerebro de Kinley que algo pareció estallar en sus nervios. Por un momento se sintió completamente desconcertado, pero no podía elegir. Saltó al interior mientras ella daba gas y se situaba rápidamente tras unos autobuses que los ocultaban a la vista de todos.

Seguramente nadie se había dado cuenta de lo que sucedía, porque la confusión era espantosa. Y esa confusión se acrecentó cuando el primer Mercedes, donde hasta unos segundos antes había estado Kinley, explotó y se convirtió también en una bola de fuego. Allí nadie sabía lo que pasaba. La gente seguía lanzando gritos, y los esbirros de Bojul seguían disparando en todas direcciones, sembrando una confusión indescriptible.

De pronto pareció como si todo aquello hubiera quedado muy atrás, como si hubiera sucedido en otro planeta. Porque bastó con que el coche negro rodara menos de medio kilómetro para encontrarse en una calle sin urbanizar que era aún un auténtico sendero de la selva, y donde imperaba el más absoluto silencio.

Kinley aún no podía creer que estaba vivo, después de todo lo que había ocurrido.

Intentó ordenar sus pensamientos.

—Creo que te debo la vida —murmuró.

—No me debes nada. Simplemente has chocado contra el coche y yo te he abierto la puerta; eso es todo.

—No, no es todo. Hasta un tipejo como yo tiene derecho a saber dónde le llevan.

—No tengo ni idea. No conozco el país. Creí que tú lo conocías muy bien —dijo burlonamente Ula.

—Sé de él lo suficiente para haber llegado hasta aquí —musitó

Kinley—. Nada más. Una vez liquidado Bojul no pensaba quedarme a vivir en Freeport, como puedes comprender. No me hacía la menor ilusión que me nombraran ciudadano honorario.

—Algún sitio encontraremos —dijo ella, pensando en voz alta—. Supongo que ahora hay una gran desorientación aquí y nadie sabe por dónde anda. Hace dos noches, mientras tú y yo veníamos a la ciudad desde la playa, tras hundir la lancha que nos había traído hasta aquí, me pareció ver una zona residencial que tiene aspecto de no estar habitada todavía. Supongo que tú también te fijarías en ella.

—Sí —dijo él—, está a mano derecha.

—Pues aquél puede ser un buen refugio, aunque imagino que no por demasiadas horas. Los hombres de Bojul darán una batida por toda la ciudad.

El no contestó, va que en aquel momento poco era lo que podía decir. Borearon un par de playas desiertas, remontaron un camino vecinal y luego entraron en una corla pista asfaltada. A un lado y otro se alzaban edificios blancos y señoriales, rodeados por el verde de la lujuriante vegetación. No cabía duda de que Bojul había querido crear allí un barrio de lujo para unos cuantos privilegiados, al estilo del distrito de Cocody, en la fabulosa Abidjan, pensando que eso daría prestigio a su régimen y lo equipararía a Houphouët-Boigny y otros presidentes africanos a quienes todo el mundo respetaba.

Pero lo importante para Kinley era que aquella urbanización no parecía habitada aún. Daba la sensación de que el presidente la inauguraría con motivo de cualquier fiesta patriótica. Por el momento podían ocultarse en cualquiera de las casas y eligieron la más recóndita, ocultando el Mercedes en el garaje y confiando en que el viento que empezaba a lanzar nubes de arena fina borraría las huellas.

La casa era una auténtica villa de millonarios y no le faltaba ni un detalle de lujo. Cuando se sentaron allí uno frente al otro, se miraron en silencio como si ninguno de los dos acabara aún de comprender. Pero fue ella la que rompió el silencio para hacer una sencilla pregunta que, sin embargo, lo resumía todo:

—¿Por qué?

—Dinero —dijo él—, dinero sencillamente.

—No me has dado explicaciones hasta ahora, Kinley, porque supongo que me consideras un simple instrumento. Pero tengo todos los elementos de juicio para pensar que eres un asesino a sueldo.

—Sí —reconoció él—. Uno de los asesinos más caros del mundo.

—Y te habían encargado matar a Bojul, ¿verdad?

—Eso no es difícil de adivinar, preciosa.

—¿Quién te lo ha encargado? ¿O sigo siendo un simple instrumento que ni siquiera tiene derecho a saber?

—Tú me has salvado la vida, y por lo tanto eres en cierto modo mi cómplice —dijo Kinley con una estrecha sonrisa—. Claro que tienes derecho a saber. La que me paga es una compañía multinacional que piensa hacer buenos negocios en el Estado de Freeport cuando el tiranuelo de Bojul muera. Y no es que las multinacionales capitalistas despierten mi simpatía, puesto que yo he sido educado más bien en principios marxistas, aunque muchos se sorprendan de eso. Pero los negocios de esa gente, que darán trabajo a miles de parados y de hambrientos, son cien veces mejores que el despotismo de Bojul.

Matándolo, creo que hago una buena obra.

Pero inmediatamente añadió con una sonrisa:

—Claro que eso no tiene demasiada importancia. No te pido que me creas. Yo mataría a cualquiera por dinero, fuese quien fuese. No soy más que un tipejo.

—Pero en este caso crees que el dinero y la virtud van unidos, ¿verdad?

—En este caso sí, aunque parezca increíble.

—¿Y cuál ha sido tu plan?

—No importa que lo sepas, puesto que ha fracasado —dijo él, dando unas vueltas por la gran sala desde la que se divisaba el mar—. Se trataba de hacer volar en pedazos a Bojul, para lo cual yo necesitaba que se situase en un punto preciso y en un momento preciso, donde yo pudiera accionar la carga explosiva. Para ello necesitaba un estímulo muy poderoso, ya que de otro modo Bojul no se tomaría molestias ni correría peligros. El estímulo era depositar el rescate para salvar a su hija.

—¿Su hija?

—Bojul tiene una hija que estudia en Copenhague —explicó

Kinley—. Parece que ella lo pidió porque es una chica inteligente y que no se parece a su padre. En Copenhague es fácil secuestrar a una chica, y por tanto encargué de ello a un colega llamado Bianchi. El tal Bianchi tenía que comunicarme que todo iba bien y sin novedad por medio de una serie de anuncios aparecidos en el *Freeport News*. Han ido apareciendo normalmente, lo cual indica que tiene a la chica en su poder. Tenía que usar ese sistema porque desde aquí es completamente imposible comunicar con Bianchi.

—Comprendo. Sigue.

—Una vez hecho esto, me bastaba pedirle a Bojul un rescate que me importaba un pepino, puesto que tenía que volar con los huesos de ese tirano. Lo único que necesitaba era que se acercase al

F-16

donde yo había depositado la carga explosiva.

—Bien, pero..., ¿qué pinto yo en todo esto? ¿Para qué me necesitabas, después de todo?

—Muy sencillo. Cabía la posibilidad de que Bojul exigiera el que su hija fuera depositada en un lugar neutral antes de entregar él el dinero, o sea antes de acercarse al sitio donde yo le tenía preparada la muerte. En tal caso yo necesitaba una chica negra de la edad de su hija y que pudiera ser *vista a distancia* por los hombres que Bojul designara. Esa chica eres tú. Estabas simplemente en reserva por si hacías falta, pero necesitaba tenerte porque, sin ti, todo el plan se podía ir al infierno. Por ejemplo, podía pasearte en helicóptero por delante del palacio presidencial, para que Bojul te viera. Sólo un momento, desde luego, no fuera que con unos buenos prismáticos te cliclara bien. —Pero eso significaba un gran riesgo..., ¿y si él ordenaba derribar el helicóptero?

—¿Con su hija dentro?

—Tienes razón... No lo haría. Pero tú pagaste mucho dinero por mí... y sin embargo, podías haber utilizado cualquier negra, cualquier chica de Costa de Marfil, por ejemplo... ¿Por qué ese interés por mí concretamente?

—También es sencillo, Brigitte o Ula, como quieras que te llares. Necesitaba una chica que se pareciese a la hija de Bojul, y que convenientemente maquillada pudiera a cierta distancia pasar por ella. Preparar un crimen de Estado de la categoría del que yo llevo entre manos cuesta mucho dinero y muchas gestiones,

ninguna de las cuales es inútil. Tuve que agenciarme no sólo la dirección en Copenhague de la hija de Bojul, sino una fotografía suya. El propio Bianchi me la proporcionó, aunque tuvo que hacerla a distancia y cuando ella salía de un coche. Entonces me tracé una especie de dibujo-robot ideal de la chica que necesitaba. Y acudí a Gómez Chipiona.

—¿Por qué él?

—Porque ese millonario sudamericano, que es a la vez un granuja, puede facilitarte cualquier cosa de este mundo que tú le pidas, siempre y cuando se la pagues. Le envié la foto, o mejor dicho una copia de ella, por medio de Bianchi, y le expliqué que necesitaba una negra de esas características. En Francia o Suiza no era difícil encontrarla, porque muchas negras trabajan o estudian en esos países. Y él te encontró a ti. Tuvo suerte, porque un trabajo que podía ser difícil se le transformó en un trabajo fácil. Como quien dice, caíste en sus brazos.

—¿Y por qué esa mujer, es decir, «yo», tenía que salir de Europa y no de Africa o América, por ejemplo?

—Porque la hija de Bojul estaba en Europa. Es decir, está aún allí. Tú abandonaste Suiza con un pasaporte falso, y copia de ese pasaporte falso junto con una copia de la foto que en Copenhague le habían hecho a la hija de Bojul se le remitió al jefe de Seguridad del presidente, además de la petición de rescate. La foto del pasaporte estaba arreglada, desde luego, para que te parecieses mucho a la hija de Bojul. No sois iguales, pero se podía tener la certidumbre moral de que eras la chica de Copenhague. El jefe de Seguridad podía estar convencido con ello de que yo no sólo te había sacado de Dinamarca, sino que te había pasado por Suiza. Ello indicaba que estabas camino de Freeport y que yo pensaba cumplir el arreglo si me entregaban la pasta, lo cual haría a Bojul acercarse al

F-16

... y todo habría terminado. En realidad me salió todo perfecto hasta el último detalle, y el mismo Bojul, quizá porque no le di tiempo para reflexionar, accedió sin chistar a mis condiciones. Pero falló lo que nunca hubiera debido fallar... La carga explosiva no obedeció a las microondas. No se produjo el estallido.

—¿Por qué?

—Eso no lo sé ahora, Brigitte, y supongo que ya no lo sabré

nunca. Incluso en los aparatos más perfectos hay un margen de error, y esta vez Bojul tuvo el santo de cara. Era una posibilidad de fallo contra cien, y ese fallo se produjo. Pero poco importa ya. Lo esencial es que he fracasado.

Puso un cigarrillo entre sus labios, sacándolo de sus pantalones tipo comando, y musitó:

—¿Pero tú qué hacías allí, Brigitte? Te dejé en aquella casa abandonada, junto a la playa, y te dije que ibas a morir si desobedecías una sola de mis órdenes. Tenías motivos para creer que cumpliría mi amenaza. Entonces, ¿qué hacías en el estadio? ¿Cómo pudiste llegar hasta él? ¿Y apoderarte de ese Mercedes? ¿De qué forma? —Tuve que escaparme de aquella casa.

—¿Por qué?

—Parece que en los alrededores se habían escondido algunos enemigos políticos de Bojul. Sus soldados estaban haciendo una redada e incendiaban los edificios para que la gente saliera de ellos. Les vi matar a varias personas. Supe que dentro de muy poco llegaría mi turno y entonces escapé.

—¿Y por qué fuiste al estadio?

—Era el sitio al que se dirigía todo el mundo. Se trataba del único lugar donde podría pasar relativamente inadvertida.

—Comprendo.

—Cuando se inició la masacre, comprendí que tenía que escapar de allí. Nada tan fácil, puesto que numerosos Mercedes oficiales estaban abandonados. Salí disparada... y entonces tropecé contigo.

Los dos se miraron en silencio. Los dos tenían la sensación de que aquella situación no les llevaría a ninguna parte, de que estaban envueltos por la muerte. Desde Suiza habían llegado a aquel último confín del mundo en el que sus pieles no valían nada. Por lo menos Kinley pensó en eso, ya que los pensamientos de la muchacha eran indescifrables. Y eso hizo que el mejor asesino del mundo musitara:

—Ahora tengo que sacarte de aquí, Brigitte. Haré lo que sea para que no mueras.

—¿Pero por qué? ¿Qué te importo?

—Me siento responsable.

—¿Es que un asesino como tú, un hombre que cobra por matar... va a tener sentimientos ahora?

—Nunca los he tenido —dijo él, sonriendo amargamente—, pero cuando repaso mi vida me doy cuenta de que nunca he matado a nadie que no mereciera morir. Y ahora que mi suerte está echada, ahora que soy un cadáver que anda, no quiero que tu muerte gravite sobre mi sucia conciencia. Haré lo que sea para llevarte al otro lado de la frontera, por ejemplo a Guinea Conakry, donde estés segura. Ésa es mi última misión. —Misión difícil, pero no imposible.

—Cierto.

—Hay una cosa, Kinley. Si yo escapo, puedes escapar tú. Nos salvamos los dos.

—No.

Ella le miró parpadeando, sin comprender.

—¿No? —balbució—. ¿Qué dices?

—Digo dos cosas, Brigitte, aunque quizá tú no las comprendas. La primera de ellas, es que he aceptado un contrato y lo cumpliré. Cuando a un cerdo llamado Kinley le pagan para matar, el cerdo llamado Kinley mata. Nunca he fallado, y no fallaré tampoco esta vez. Insistiré las veces que haga falta o reventaré. Pero hay además una segunda razón.

—¿Cuál? —preguntó ella con voz opaca, sin mirarle.

—He conocido a Bojul. De todos los esbirros a los que he matado en mi vida, ése es el que más merece morir. No sólo ha convertido en un infierno esta parte de Africa, sino que tratará de dominar un día los países limítrofes, sembrando guerras y destrucción. Apoyará a los terroristas que defiendan sus intereses y ejecutará aún a miles de personas si sigue viviendo. Por lo tanto le ha llegado la hora de morir. Y yo lo mataré aunque no cobre un centavo por ello.

La preciosa muchacha negra le miró como si no entendiera. Había una profunda incredulidad en sus ojos. Moviendo la cabeza negativamente, susurró:

—¿He de creer que eres un idealista, Kinley?

—Te he dicho antes muy claramente lo que soy: un cerdo que, sin embargo, cumple lo que promete.

Y se puso en pie. Evitaba mirarla. Notaba, sin embargo el suave temblor de los labios de la chica, se daba cuenta de que sus ojos se habían extraviado, que algo palpitaba en ella, en su piel joven y tersa, en sus dedos que acariciaban el aire. Se daba cuenta de que en el corazón de aquella mujer a la que había comprado por un

puñado de dólares existía una secreta vibración y un oculto deseo. Por un momento pensó que ella quería ser besada.

A él no le importaba. No quería besar a ninguna mujer. La vida no significaba nada al lado de su promesa de muerte. Pero, sin embargo, se volvió y la miró, aunque sólo fuese por simple curiosidad.

Se dio cuenta entonces de una cosa extraña: ¿había odio en los ojos de la chica? ¿De pronto le miraba ella como a un enemigo?

—Comprendo que un asesino como yo infunde un cierto asco —dijo—. Por lo tanto olvídate cuando estés a salvo, nena.

Y volvió la espalda. Tenía que encontrar un sistema para salir de allí. Su situación era más complicada cada vez.

Pero un momento después se dio cuenta de que la situación era más que complicada: era una situación completamente perdida.

Porque al menos una docena de helicópteros se estaban acercando a la casa.

CAPÍTULO IX

El zumbido de muerte de todos aquellos aparatos llenaba el aire como un himno de funeral que cruzaba el espacio, y que un hombre como Kinley captó perfectamente. Kinley supo que venían a por él, aunque no entendió cómo era posible que se hubiesen dado cuenta con tanta rapidez del sitio donde se encontraba.

Fue ella la que le dio la respuesta. Dijo con un hilo de voz, mientras miraba por la ventana:

—Es posible que algún helicóptero de los que vigilaban los alrededores del estadio nos haya visto llegar hasta aquí.

—Claro —dijo Kinley sin pestañear siquiera—, pero no saben exactamente en qué casa estamos. Van a rodear toda la zona. Fíjate.

En efecto, los helicópteros se iban posando en círculo, cerrando toda salida, y de ellos saltaban a tierra docenas de hombres armados con metralletas. Todos ellos iban bien equipados y se les notaba dueños de un magnífico entrenamiento y una gran preparación física.

Bojul no se había gastado dinero en escuelas para su pueblo, pero las fuerzas armadas de que disponía figuraban entre las mejores de Africa. Por eso Kinley se dio cuenta enseguida de que no iban a dejar ningún resquicio y de que iba a ser imposible escapar de aquel círculo de muerte.

Sin embargo, no se inmutó.

Desde que falló el mecanismo para matar a Bojul, sabía que el muerto iba a ser él. Y lo aceptaba como el jugador profesional de póquer acepta la partida en la que tiene todas las cartas malas.

Lo único que le importaba era una cosa.

Lo dijo en voz baja, sin mirar a la chica:

—Moriré matando.

Ella se estremeció.

—No tienes escapatoria, Kinley —dijo con un hilo de voz.

—Me importa porque...

—Tienes razón: te matarán a ti también. Esos tipos no van a andarse con delicadezas ahora, Pero si eres un poco lista vas a conseguir escapar mientras yo los entretengo.

—¿Es que vas a llamar su atención, como si estuvieras solo, mientras yo huyo?

—Eso es exactamente lo que voy a hacer. Y me voy a llevar por delante a unos cuantos, ya que no puedo llevarme por delante a su jefe.

Hizo una mueca y de pronto flotó una sonrisa en sus labios. Era una sonrisa extraña, casi cordial, una sonrisa de hombre que acepta la muerte como un juego divertido. Mientras estrechaba la mano de la negrita, susurró:

—Lo único agradable de todo esto ha sido conocerte, Brigitte. Ojalá tengas más suerte que yo, porque la mereces.

Y salió de allí. Ella no pudo retenerle. Le vio deslizarse por una de las ventanas, tan silenciosamente como una sombra.

Kinley saltó al jardín delantero de la casa, que aún estaba por plantar, y corrió agazapado junto al muro. Desde allí oía las órdenes secas y cortantes de los oficiales, que hablaban en un confuso francés. El zumbido de los helicópteros, con los motores en marcha, seguía llenando el aire.

Con toda la velocidad que le fue posible, Kinley se alejó de la casa. Quería llamar la atención de todos aquellos esbirros hacia otro lugar, para que mientras tanto la muchacha negra pudiera escabullirse. Pero apenas había avanzado unos treinta metros cuando casi tropezó con sus dos primeros enemigos.

Ellos no le habían visto aún, pero avanzaban moviendo en zigzag sus metralletas. De pronto un muchacho de unos quince años, que debía dormir en una de las casas, saltó por otra ventana que daba a un jardín y lo cosieron a balazos.

Las dos ráfagas fueron enloquecedoras. Se vio al chico brincar en el aire, contorsionarse y luego hundirse en tierra como un fardo. Los dos sicarios continuaron disparando hasta que quedó convertido apenas en una piltrafa.

Ésos eran los sistemas que les había enseñado el presidente

Bojul. Las órdenes seguían siendo disparar contra todo lo que se moviera. Era el estilo de Bokassa I, del Imperio Centrafricano, quien mata a los estudiantes él mismo.

Kinley se limitó a apretar los labios en su precario escondite. Sabía bien en qué clase de terreno se había metido. Y lo único que hizo fue preparar alguna de las armas que llevaba para una situación así.

El cuchillo con mango de plomo salió de una de sus botas. Era un arma fina, equilibrada, que podía rasgar el aire como una flecha.

Lo sopesó, y unos segundos más tarde extrajo un cuchillo igual de la segunda bota. Avanzó hacia el borde mismo de la valla que le servía de parapeto.

Ssssgsss...

El cuchillo produjo apenas el susurro que puede causar una seda al romperse. El comando que estaba a unos veinte metros solo se enteró de lo que pasaba cuando vio aquel mango que le sobresalía a la altura del corazón. Dio un traspies mientras lanzaba un gruñido, sin llegar a creerlo.

El otro se volvió hacia él.

Tampoco entendía nada.

Y el segundo cuchillo se le hundió en la garganta, seccionándole la yugular. Se oyó apenas un murmullo mientras aquel hombre también caía.

Kinley hizo una mueca. Buen trabajo. De momento tenía el paso libre, pero lo que a él le interesaba era que pudiera escapar Brigitte. Por lo tanto se dispuso a llamar la atención de los otros comandos.

Se acercó a uno de los muertos y le arrancó las dos granadas de mano que llevaba al cinto. Con ellas corrió en zigzag hacia uno de los helicópteros.

Éste aún estaba lleno de hombres de Bojul. Se disponían a descender cuando le vieron llegar como un rayo.

Y hasta que captaron el vuelo de las dos granadas a un tiempo no se dieron cuenta de lo que iba a suceder. De pronto sonó un grito unánime, un grito que brotaba de una docena de gargantas a la vez. Y aquello fue ahogado por el estruendo horribles de las dos explosiones, que convirtieron el helicóptero en una bola de fuego.

Los soldados saltaron en todas direcciones.

Se estaban abrasando.

Las bombas que ellos llevaban al cinto estallaron a su vez, produciendo un caos indescriptible. La bola de fuego creció hasta envolver los árboles, mientras una densa humareda lo cubría todo.

Kinley se dio cuenta de que aquella columna de humo le permitía desviarse unos metros, permanecer invisible y cubrir con su fuego el flanco izquierdo de los comandos que seguían acercándose. Tomando la metralleta de uno de los muertos, que había llegado medio abrasado hasta allí, apoyó la culata en la cadera y envió una alucinante ráfaga.

Disparó a través de la masa de humo porque sabía que los comandos estaban detrás, mientras que él quedaba oculto. Y, en efecto, los hombres de Bojul se detuvieron como si acabaran de chocar contra un muro de cristal, mientras las balas les hacían saltar en todas direcciones, como muñecos rotos.

Otro helicóptero planeó entonces sobre él.

Su piloto se había dado cuenta de que era mejor reemprender el vuelo, porque sólo así podría cazar a aquel diablo.

Y la ametralladora pesada que asomaba por la boca del aparato envió su mensaje de muerte. Una verdadera catarata de plomo se abatió sobre el árbol que servía de refugio a Kinley y lo hizo saltar. De no ser por el grueso tronco, el propio Kinley habría sido partido en dos.

Pero la protección del árbol le dio unos segundos de respiro, mientras daba tres vueltas sobre sí mismo y rodaba por el suelo hasta una zanja. Las balas de calibre pesado pasaron instantáneamente sobre él.

El helicóptero zumbó como un moscardón enloquecido apenas cinco metros por encima de su cabeza, quedó detenido en el aire y luego patinó en caída, para posarse materialmente sobre él. Por el hueco redondo que había en el suelo del aparato lo podrían coser a balazos.

Pero Kinley también iba a tener su oportunidad. El helicóptero aún tardaría unos cinco segundos en llegar hasta él. Y esos cinco segundos los aprovechó para enviar desde la zanja todas las balas que tenía en el cargador.

La panza del helicóptero quedó completamente perforada. Dentro se oyeron gritos de muerte.

Y Kinley aprovechó para saltar por el lado opuesto a aquél en

que estaba la ametralladora. Sólo en aquel momento se dio cuenta de que el piloto acababa de morir.

Porque la maniobra del helicóptero, que hasta entonces había sido correcta, se transformó en una maniobra loca y el aparato ganó altura para que al fin sus aspas chocaran estruendosamente contra las ramas de un árbol. Las ramas salieron despedidas en todas direcciones, pero también las aspas se partieron y se proyectaron como balas hacia el aire. El helicóptero se convirtió instantáneamente, en una especie de saco que cayó a tierra mientras Kinley saltaba entre los arbustos. Sabía que sus enemigos no tenían más que una puerta para salir, que era la puerta de la ametralladora.

Eso le daba tiempo para dejarse caer por un terraplén, a cuyo fondo había un soldado muerto. Le despojó de sus bombas de mano y las envió contra el helicóptero, cuyos ocupantes habían empezado a salir. Todo el aparato se convirtió en un infierno del que brotaban gritos de muerte.

Ni uno solo de los comandos de Bojul tenía la menor posibilidad de salir vivo de allí. Las llamas los envolvían por todas partes. La confusión era tan espantosa que ya nadie sabía contra quién disparaba. Y los combatientes negros son mucho más propensos a armarse líos que los blancos, porque atacan de una forma impulsiva y poco meditada, haciendo una serie de movimientos inútiles. De pronto se les veía correr en masa hacia un lado y luego se les veía retroceder, como si en vez de buscar a un solo enemigo se estuvieran persiguiendo unos a otros. Aquello iba a dar a Kinley una magnífica oportunidad para perderse de vista.

Y él no iba a desaprovechar aquella oportunidad. Sabía que, si continuaba peleando, tenía la partida perdida. Las cosas salen bien dos veces, pero no tres. Por lo tanto trató de volver a la casa de donde había salido con una sola intención: encontrar de nuevo a Brigitte. *¡Y sacarla de allí!*

Si Kinley hubiera tenido que explicar a un profesional de su calaña por qué estaba arriesgándose para salvar a una mujer, no hubiera sabido qué contestar. Normalmente los asesinos a sueldo matan y desaparecen, y él estaba haciendo todo lo contrario.

Contravenía todas las reglas del *oficio*.

Pero no podía evitarlo. Era incapaz de huir dejando a Brigitte

abandonada a su horrible suerte. Porque sabía muy bien lo que le esperaba a la muchacha en el caso de ser capturada.

Corrió, medio agazapado, entre las vallas Aún confiaba en llegar a tiempo. Pero de pronto escapó de su garganta un gruñido de decepción y casi de horror. Porque se dio cuenta de que todo estaba perdido.

Brigitte estaba subiendo a un *jeep* militar. Tres soldados subían con ella. La habían atrapado bien.

La muchacha ya no tenía salvación. Dentro de poco acabaría en la cama de Bojul, antes de ser entregada a sus sicarios para que la acabaran despedazando. Lo que hoy ocurre aún en algunos pequeños países de Africa no ha ocurrido ni en los peores momentos de la Edad Media.

En parte gracias a la complicidad de algunos países europeos, que así se aseguran posiciones estratégicas o materiales de gran interés, auténticos reyezuelos sanguinarios ocupan puestos clave en la nueva. Africa. Bokassa I, en el llamado Imperio Centrafricano, (¿imperio sobre qué? ¿Sobre el desierto?), está protegido por Francia, que así pretende tener la exclusiva de los yacimientos de uranio que hay en el país. Amin, recientemente derrocado, estuvo en parte protegido por Rusia, que así se aseguraba «simpatías» en el corazón del continente negro. También estuvo descaradamente protegido por Libia, por Irak y por los terroristas palestinos. Los mercenarios de Katanga son periódica mente armados por intereses extranjeros, y cada dos o tres años se organiza en el país una verdadera guerra. Las terribles matanzas de Nigeria estuvieron mantenidas por Inglaterra y Francia, que así se aseguraban no sólo posiciones en la costa occidental de Africa, sino la normalidad en el suministro del petróleo nigeriano. En las cancillerías europeas o asiáticas importa muy poco el sufrimiento de los pueblos. Los estadistas no se fijan en los hombres, sino solamente en los mapas.

Y esto era lo que ocurría con Bojul. Intereses oscuros le apoyaban, mientras que intereses mercantiles intentaban derrocarlo, para abrir el país al libre comercio. Kinley servía en este caso a los tampoco demasiado limpios intereses mercantiles, pero poco le importaba ya. El se fijaba en los hombres y no en los mapas. Por simple amor propio, él quería acabar con Bojul aunque en el empeño se dejase la piel... ¡y sobre todo quería salvar a una mujer

por la que nunca soñó que se preocuparía!

Los soldados casi tapaban a Brigitte, de modo que Kinley comprendió enseguida que no iba a poder disparar. Si hacía fuego, se exponía a acribillar a la muchacha. Por lo tanto corrió a toda la velocidad de sus potentes piernas, intentando manejar la única arma que allí, podía ser eficaz: su cuchillo.

Pronto se dio cuenta de que eso iba a ser imposible.

El jeep arrancaba ya.

Kinley aún siguió corriendo, llevado por su propio impulso, pensando locamente durante un instante que sus piernas iban a ser más poderosas que el motor. Pero al fin hubo de detenerse jadeando, sintiendo que los pulmones le quemaban por dentro. La boca se le abría mientras tenía la angustiosa sensación de que su cuerpo era incapaz de absorber una sola partícula de aire.

Todos sus enemigos habían desaparecido o al menos estaban agazapados más allá de los árboles, sin atreverse a atacar. Debían tener la sensación de que se habían enfrentado no a un solo hombre, sino a un comando de doce o quince. Pero lo malo para Kinley era que Brigitte había desaparecido también.

Apretó los puños con odio.

Y en aquel momento supo que tenía por última vez la oportunidad de huir. No iba a tener ninguna otra. Si volvía a Europa le pagarían igualmente, porque había hecho todo lo que un asesino profesional puede hacer. Ante él sé abrían dos caminos, uno de los cuales llevaba a la vida y el otro llevaba a la muerte.

Eligió el de la muerte.

Volvería a la ciudad de Freeport.

Y acabaría su siniestro trabajo aunque luego lo despedazaran al pie del árbol más alto de la selva.

CAPÍTULO X

Volver a pie a Freeport era obra de locos, porque le atraparían antes de que hubiese logrado poner el pie en la ciudad. Los pocos blancos autorizados a actuar en el imperio de Bojul estaban tan controlados que todo el mundo los conocía. Los sicarios del tirano se darían enseguida cuenta de que él era un enemigo.

Por lo tanto tenía que idear algo, y además pronto. El hecho de que estuviera decidido a morir no significaba que hubiese de morir de cualquier manera. Al contrario, antes tenía que matar a Bojul.

¿Pero cómo?

¿Cómo podía soñar incluso en llegar a la ciudad?

Pronto tuvo una idea. Se la dio el rugido de aquella potente moto que aullaba por la carretera en dirección al escenario del combate. Era nada menos que una. Kawasaki 1200 completamente negra y que iba pilotada por un verdadero experto. El modo como tomó la curva para llegar a la urbanización de lujo hubiera dejado boquiabierto a un auténtico profesional.

Aquel hombre llevaba casco blanco.

Y guantes marrones.

El casco le tapaba la cabeza casi por completo. Le protegía la nuca. Pero su corazón sólo estaba protegido por la ligera camisa caqui.

Kinley preparó el cuchillo.

Fue un lanzamiento instantáneo. Un espectador ni siquiera se hubiese dado cuenta de lo que sucedía. El cuchillo voló.

Y el hombre que iba en la Kawasaki tuvo un brutal estremecimiento. De pronto se había dado cuenta de que algo volaba hacia él. Notó un golpe en el pecho y entonces vio que de allí sobresalía un pesado mango de plomo que parecía haber nacido

en su propia piel. No notó ningún dolor, pero inmediatamente se le nubló la vista. Eso y el asombro hicieron que la potente moto perdiera la curva. El hombre salió despedido por el aire, dio dos vueltas sobre sí mismo y acabó en tierra mientras un espeso chorro de sangre escapaba por su boca.

El golpe no le había matado, pero el impacto del cuchillo sí. Kinley se acercó velozmente y cortó gas a la moto, cuya rueda posterior seguía girando en el vacío. Luego le quitó el casco al muerto y se lo puso él. También le quitó los guantes marrones y los encajó en sus manos.

Puso en pie la Kawasaki y montó.

Con los guantes no se le veían las manos y por tanto era imposible saber si se trataba de un negro o de un blanco. El casco, si uno se fijaba bien, permitía ver el color de su piel, pero difícilmente se fijarían en él a la velocidad que pensaba llevar. Por otra parte, cómo todo el mundo pensaría que era un negro, nadie prestaría atención a los detalles concretos.

Se enfundó también la pistola que llevaba el muerto y volvió a la ciudad. Lo hizo velozmente, haciendo sonar el claxon y con los ademanes autoritarios de los esbirros del dictador. Como daba la sensación de que arrollaría a cualquiera que se interpusiese en su camino, todo el mundo se apartó inmediatamente. En efecto, los vehículos oficiales del tiranuelo Bojul siempre circulaban a velocidades suicidas por las calles de Freeport, no teniendo inconveniente en llevarse por delante a ancianos, ciegos, mendigos y niños.

Así llegó sin problemas a lo que Bojul llamaba «Palacio Imperial». Era una construcción neoclásica, pintada de blanco, que quería recordar a los palacetes franceses del siglo XVIII. En la puerta, dos guardas con uní forme de comando y armados de metralletas, le detuvieron inmediatamente.

—¡Quieto! —le dijo uno de ellos en francés—. ¡Documentación!

Se habían acercado ambos al mismo tiempo, empuñando sus metralletas. Ése fue su error: acercarse los dos al mismo tiempo. Cualquier hombre un poco entrenado en esas misiones sabe que uno de los dos guardianes hubiera debido mantenerse a cierta distancia de la moto, a espaldas de ésta, y apuntando al ocupante. Pero los sicarios de Bojul, acostumbrados a la vida fácil, se olvidaban

demasiadas veces de lo que les habían enseñado.

Kinley esperó con los pies en tierra y las manos en el manillar, aparentemente relajado. Vio que venían uno por la derecha y otro por la izquierda. Tardarían sólo unos segundos en darse cuenta de que era un hombre blanco.

Y aquello ocurrió.

Uno de los esbirros fue a lanzar un grito.

Pero ya no llegó a tiempo.

Los brazos de Kinley se movieron sincronizadamente y a la vez. Hubo tres fases en aquel instantáneo movimiento.

Fase número uno: las metralletas recibieron el primer golpe y salieron despedidas por los aires.

Fase número dos: los esbirros recibieron terribles impactos en sus testículos con las puntas de las manos abiertas.

Fase número tres: al inclinarse ellos, las manos de Kinley subieron y les alcanzaron en las mandíbulas, que sonaron como cáscaras rotas.

Aquel triple y velocísimo movimiento pareció fácil, pero había sido ensayado cien veces. Un hombre, por fuerte que fuese, no podría tener éxito en eso sin un entrenamiento diario. Los dos centinelas salieron despedidos mientras Kinley se disponía a rematar su trabajo.

Dejó caer la moto de costado de momento, saltó, envió una metralleta entre los arbustos, se apoderó de otra y liquidó a los dos esbirros de dos terribles punterazo en las sienes. En su siniestro trabajo, Kinley no pedía ni regalaba compasión.

Luego volvió a la moto.

Tenía el camino libre, pero por pocos instantes. En electo un *jeep* estaba estacionado en lo alto de una pequeña loma, junto al palacio. De él salieron tres hombres lanzando gritos.

Aunque no sabían lo que pasaba, acababan de ver en el suelo a sus compañeros de la puerta. Trataron de hacer girar una ametralladora pesada que estaba en lo alto del *jeep*. Y en eso sí que eran expertos, porque lograron situarla en posición de tiro.

Mientras tanto, Kinley había fijado el gas en la empuñadura derecha y conducía sólo con la izquierda. Hizo un terrible viraje mientras enviaba una ráfaga de metralleta.

Uno de los guardianes cayó, pero otro logró lanzar una granada

de mano que por fortuna quedó corta. El otro hizo ladrar la ametralladora.

Sólo el terrible viraje de la Kawasaki evitó que las balas la alcanzaran de lleno. La tierra del jardín se llenó de impactos y de cráteres. De pronto, en todo el palacio empezaron a sonar gritos.

Sin duda nunca habían conocido un asesino así, un profesional que iba a hacer su trabajo incluso después de la muerte.

Porque Kinley sabía que no tenía ninguna posibilidad de salir vivo de allí. Estaba lisio. Era un cadáver en una moto de lujo. Pero no le importaba.

Patinando materialmente sobre una rueda, giró en torno al *jeep* a una velocidad suicida. Sabía que la ametralladora no iba a poder girar con tanta rapidez. En efecto, aunque el servidor de la máquina era un hombre experto, no pudo con la diabólica velocidad de la Kawasaki en aquel baile de la muerte. Las balas fueron siguiendo la rueda trasera, sin alcanzarla, hasta que de pronto aquel hombre se dio cuenta de que la moto ya estaba a su espalda. Una sola bala disparada por Kinley le atravesó la nuca y le evitó toda clase de preocupaciones.

Pero ahora quedaba lo peor.

Kinley se dio cuenta de que jamás entraría en el palacio. La puerta que acababa de franquear era la exterior, pero había otra interior guardada por seis hombres que ya le apuntaban con sus armas. Acercarse a ellos equivalía a chocar contra una muralla de fuego.

Y la muralla de fuego vino hacia él. Dos árboles quedaron materialmente talados por la mitad. Los macizos de flores quedaron deshechos como si los hubiera alcanzado una bomba. Kinley notó que las balas rozaban materialmente su casco.

Pero necesitaba seguir, confiando en su velocidad y en su audacia, ya que no tenía nada más. Dio entonces gas hasta el máximo y la moto rugió rabiosamente, como una máquina que fuera a estallar.

Las casas del siglo XVIII francés tienen ventanas bajas y amplias. Aquel edificio, ya se ha dicho, trataba de imitarlas. Por lo tanto había una oportunidad para Kinley.

Lanzó su moto contra una de aquellas ventanas. Iba a ciento ochenta por hora. Alzó la rueda delantera. Incluyó la cabeza.

¡Braaam!

En un dibujo, aquello se hubiera visto como un auténtico estallido. A Kinley le pareció que su cabeza explotaba, pero el casco habría resistido. De pronto voló materialmente por el interior de una habitación cuya lámpara arrancó de cuajo, para ir a aterrizar sobre una cama..., ¡donde un tío y una tía estaban haciendo lo que sólo un tío y una tía pueden hacer!

La tía lanzó un grito.

El tío se volvió cara arriba de pronto.

Tenía aquella cosa tiesa.

Demasiado.

Vio que una de las ruedas de la moto iba a aterrizar justo encima.

Gritó:

—¡Noooo...!

E inmediatamente quedó desmayado, con la sensación de que le habían partido por la mitad. Pero Kinley no podía frenar. En cierto modo ya no dominaba su máquina, que parecía haberse vuelto loca. La cama le sirvió de trampolín y salió despedido hacia la puerta, que quedó hecha astillas.

Confusamente vio un largo pasillo lleno de puertas.

Y lo curioso era que... ¡que de ellas salían mujeres! ¡Mujeres de todas las razas! ¡Negras opulentas de Benin! ¡Suaves rubias de los lagos de Finlandia! ¡Opulentas morenas de Río de Janeiro! ¡Suaves tailandesas de Pattaya! ¡Ceremoniosas japonesas de Osaka y de Hiroshima!

¡Increíble!

¿O no?

¿No podía ser que Kinley hubiese dado con el harén del tirano Bojul, uno de los harenes mejor *provistos* del mundo?

Las chicas gritaban enloquecidas mientras trataban de ocultarse, pero Kinley procuró no hacerles daño. Dada la velocidad suicida de la moto, le pareció que el pasillo duraba unos segundos tan sólo. Salió entonces a un vestíbulo donde varios guardianes con metralletas corrían enloquecidos, sin saber bien hacia dónde disparar.

Y murieron sin saberlo.

Kinley les arrojó la moto encima uno a uno. Fue un prodigio de

habilidades, de técnica y también de mortífera eficacia. Moviendo la Kawasaki en aquel reducido lugar como si fuese una segadora, hizo que la rueda delantera enviase hombres contra la pared, donde sus cabezas estallaban; hizo que un cuerpo se abriese en dos; hizo que otro saliera despedido por la ventana, con el cuerpo cubierto de sangre.

Aquel vestíbulo terminaba en unas escaleras de mármol. Probablemente eran las escaleras de honor, y por lo tanto resultaban muy anchas y de poca altura. La Kawasaki, que parecía dotada de voluntad propia, rodó hacia allí.

Kinley alzó nuevamente la rueda delantera.

Dio gas.

¡Infiernos!

Como un caballo desbocado, la moto subió. Al llegar arriba, las ruedas patinaron y dieron estruendosamente con Kinley en tierra, pero el casco resistió de nuevo. Sintiendo que todos los huesos le dolían como si se los hubieran machacado uno a uno, Kinley se puso en pie y empuñó de nuevo la metralleta que, después de los primeros disparos, había colocado en el sillín, montando sobre ella.

Vio que el vestíbulo se llenaba de soldados.

Entraban en tromba. No sabían bien dónde estaban ni lo que acaba de suceder. Al ver los cadáveres, empezaron a lanzar gritos de odio.

Pero en la vida hay que gritar menos y actuar más. No se dieron cuenta de que tenían la muerte arriba. Desde la baranda superior, Kinley les roció materialmente con una lluvia de balas, mientras chirriaban sus dientes.

Los cuerpos saltaron en todas direcciones.

El enorme vestíbulo se llenó de sangre.

Algunos de aquellos hombres trataron de saltar por las ventanas, pero también fueron abatidos. Kinley agotó hasta el último de sus plomos, cosa que fue una imprudencia. Aún le quedaba la pistola, pero una pistola no es lo mismo.

Miró unos instantes en torno suyo.

Vio que allí sólo había dos puertas acolchadas, las dos de gran lujo. Pensando que podían corresponder a las habitaciones oficiales de Bojul, se lanzó contra la primera de ellas.

Y entonces se detuvo con asombro.

Con una mueca crispada en su rostro.

Porque no podía creerlo.

Porque sintió frío en sus piernas mientras le parecía como si en su cabeza se encendiese la llamita del infierno.

CAPÍTULO XI

¡Era Brigitte!

¡Brigitte abrazada a Bojul!

¡Brigitte con aquel monstruo!

¡Como si fuera su amante!

Cierto que los dos iban vestidos, pero eso no atenuó la brutal impresión recibida por Kinley. Porque se dio cuenta de que aquella mujer le había engañado, de que estaba de acuerdo con los soldados que la apresaron, de que, ¡le había preparado la muerte!

Bojul sonrió.

Tenía unos dientes mezcla de oro y marfil que estremecían.

—Te has metido tú mismo en la trampa, maldito —barbotó en un crispado francés—. Has llegado demasiado lejos, asesino. Y ahora... ¡te aplastaré con mis pies!

Su instinto le decía que Kinley no iba a defenderse. Por primera vez en su vida, Kinley era incapaz de reaccionar. Tenía la boca abierta y estaba dominada por el asombro. Algo se había roto en su interior, algo le había dejado sin fuerzas y como si pensase que no valía la pena vivir ni morir.

Todo vacilaba en torno suyo.

De modo que Brigitte... ¿también?

Bojul le apuntaba ya con una pistola de plata. Con una mueca crispada en su cara color ceniza masculló:

—¡Adiós... perro!

Y entonces se estremeció.

Entonces su cara color ceniza se volvió de color rojo.

Todo su cuerpo se inclinó hacia adelante.

Porque la punta del cuchillo que Brigitte acababa de clavarle en la nuca... ¡le salía por el cuello!

El dictador cayó a tierra.

Los ojos se le salían de las órbitas.

Y lanzó una terrible bocanada de sangre que significaba la muerte, pero Kinley no se fijó apenas en eso. Sólo se dio cuenta de que Brigitte —o como infiernos se llamase, porque ya no lo sabía— caía junto a aquel hombre... ¡y que sus ojos se anegaban en lágrimas!

Kinley ya no sabía qué pensar. Su boca seguía torcida en una mueca. Pero le pareció que la voz de la muchacha llegaba desde infinitamente lejos cuando ella susurró:

—No te extrañe que aquellos soldados me respetaran y me trajeran aquí. Kinley... Ellos me conocían. Y me conocían porque... porque Bojul era mi padre. Yo soy en realidad su hija.

Kinley respiró hondamente. Por un momento le pareció que soñaba. Su propia voz se sonó irreal al decir:

—Su hija fue secuestrada en Copenhague...

—No, Kinley. Debiste sospechar que si en el retrato-robot que hiciste para pedirle a Gómez Chipiona una chica de determinadas características y si en la foto del pasaporte yo me parecía tanto a la hija de Bojul es porque *tal vez era la hija de Bojul*. Tu amigo Bianchi trató de secuestrarme, pero fracasó. Fui yo realmente quien le secuestre a él. Bianchi es un mercanchariflo muy inteligente pero poco duro, en el que nunca debiste confiar. Y no es que te haya traicionado: es que usa su inteligencia para escapar de los peligros sin importarle nada más. Al darse cuenta de que la cosa había ido mal, y cuando yo le amenacé con entregarle a los agentes secretos de Bojul, se horrorizó y me lo contó todo. No le hice ningún daño, pero ha permanecido vigilado en Copenhague mientras yo hacía todo lo que él hubiese debido hacer. Fundamentalmente poner aquel anuncio en el periódico. Conocí también que tú habías encargado una chica bastante similar al granuja de Chipiona y me hice la *encontradiza* con él. Por supuesto que el tío tuvo un éxito fulminante: me pudo *secuestrar* enseguida. Y entonces vine contigo... ¿No te extrañó que me escapara de la casa de la playa con tanta facilidad, después de dejarme tú allí? ¿No te extrañó que en las proximidades del estadio hubiera conseguido un Mercedes oficial? Mi padre no sabía que estaba aquí, pero sus oficiales me obedecían al verme por sorpresa. Y así he llegado hasta... hasta el

propio palacio.

—No había adivinado nada de lo que tú dices —susurró Kinley—. Se ve que me estoy volviendo viejo... o que un hombre pierde inteligencia cuando una mujer le gusta. Pero todo esto que has hecho tú... ¿por qué? ¿POR QUE?

—Porque quería saber si era verdad lo que contaban de mi padre —musitó ella mientras se restañaba una lágrima—. Me había tenido muy alejada del país, aunque mi retrato saliera con frecuencia en los periódicos. Nunca supe la verdad... y de pronto quise saberla; *hasta el fondo*. Por eso acepté seguirte en el juego en el que tú estabas metido. Por eso me he atrevido a emplear el cuchillo cuando he visto que... que...

No pudo pronunciar una palabra más. Sus ojos estaban cargados de llanto. Sus rodillas temblaron cuando Kinley la puso en pie.

Y así, enlazados, salieron los dos.

Y los esbirros que ya estaban en la puerta, al ver muerto al tirano y al ver salir a su hija, pensaron simplemente que habían cambiado de dueño. Presentaron armas.

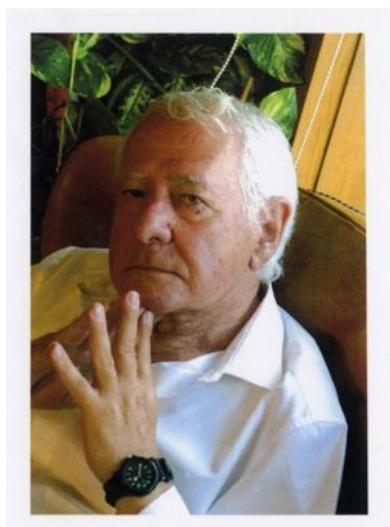
No sabían ellos cuántas cosas iban a cambiar.

¡Cuántas cosas!...

No sabían, sobre todo, lo que Brigitte —él siempre la llamaría así— pensó aquella noche: que nunca había entregado su cuerpo a un hombre blanco. Y lo que Kinley pensó aquella noche: que nunca le había gustado tanto una negra.

Y en el combate fue él quien estuvo a punto de perder. Por poco le asesinan a precio fijo...

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.